

MANUELA Y CLEMENCIA: INCLUSIÓN Y/O EXCLUSIÓN DE VOCES
MARGINADAS



YUDY ENERIETH RIOS LOMBANA

MAESTRÍA EN LITERATURA
FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES
PONTIFICIA UNIVERSIDAD JAVERIANA
2011

MANUELA Y CLEMENCIA: INCLUSIÓN Y/O EXCLUSIÓN DE VOCES
MARGINADAS



YUDY ENERIETH RIOS LOMBANA

Trabajo de grado presentado
como requisito para optar
por el título de Magistra en Literatura

DIRECTOR
Cristo Rafael Figueroa Sánchez

MAESTRÍA EN LITERATURA
FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES
PONTIFICIA UNIVERSIDAD JAVERIANA
2011

PONTIFICIA UNIVERSIDAD JAVERIANA

FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES

RECTOR DE LA UNIVERSIDAD

Joaquín Sánchez, S.J.

DECANA ACADÉMICA

Consuelo Uribe Mallarino

DECANO DEL MEDIO UNIVERSITARIO

Luis Alfonso Castellanos, S.J.

DIRECTOR DEL DEPARTAMENTO DE LITERATURA

Cristo Rafael Figueroa Sánchez

DIRECTORA DE LA MAESTRÍA EN LITERATURA

Graciela Maglia Vercesi

DIRECTOR DEL TRABAJO DE GRADO

Cristo Rafael Figueroa Sánchez

ÍNDICE

| | |
|--|----|
| Introducción | 5 |
| CAPÍTULO 1. <i>Manuela y Clemencia</i>, proyectos de fundación nacional | 15 |
| 1. 1. Construcción de nación desde la escritura..... | 17 |
| 1.2. <i>Manuela y Clemencia</i> : Comunidades Imaginadas desde lo ideológico..... | 22 |
| 1.3 <i>Manuela y Clemencia</i> como Romances Fundacionales..... | 24 |
| 1.4 <i>Manuela y Clemencia</i> : contexto histórico y lugar de enunciación..... | 28 |
| CAPÍTULO 2. La Ciudad Letrada y La Ciudad Real: inclusión y/o exclusión en <i>Manuela y Clemencia</i> | 37 |
| 2. 1. <i>Manuela</i> : la voz de los marginados..... | 38 |
| 2.2. <i>Clemencia</i> : la voz acallada de las clases marginadas..... | 48 |
| 2.3 <i>Manuela y Clemencia</i> : Romances Fundacionales Alegóricos..... | 57 |
| Conclusiones | 68 |
| Bibliografía | 72 |

Introducción

Manuela (1858) y *Clemencia*(1869); novelas decimonónicas emblemáticas que han sido valoradas por algunos críticos como obras literarias costumbristas, recrean parte del contexto religioso, histórico, político y social vivenciados en Colombia y México a mediados del siglo XIX. Por medio de estas novelas se legitima un discurso circulante para develar la inclusión y exclusión de discursos marginales, como muestra de una problemática fundacional de mediados del siglo XIX.

Así, Eugenio Díaz Castro con *Manuela*, e Ignacio Manuel Altamirano con *Clemencia*, 1869, logran desde la escritura mostrar a grandes rasgos la vulnerabilidad del sistema de gobierno que pretendía dirigir a una nación de manera homogénea, sin reconocer diferencia de clases sociales, económicas o niveles educativos.

En este contexto y movida por un gran interés hacia la literatura latinoamericana, considero posible proponer una relectura desde la aproximación que articula los conceptos de *Ciudad Letrada*, *Comunidades Imaginadas* y *Romance Fundacional*. De esta forma, se pretende hacer una propuesta de lectura como visión alternativa, a fin de develar los factores que motivaron a algunas sociedades privadas o grupos de poder a mediados del siglo XIX, para regular y establecer la relación entre la sociedad y sus miembros. De esta forma, en *Manuela* y *Clemencia* se leen rasgos sociales visibles de la época, dando una personalidad propia a la creación de la denominada sociedad real y sociedad imaginada,

donde impera la vulnerabilidad, la exclusión y la desigualdad; en contraste con la fortaleza, la inclusión y la equidad de una nación ideal.

Con base en lo anterior, mi pretensión es abordar una posibilidad de lectura, de tantas hechas hasta el momento, sobre *Manuela* y *Clemencia*; destacando el valor histórico, social, político y religioso de estos romances del siglo XIX. Dado que muchos estudiosos se han dedicado a su análisis desde el punto de vista literario, y después de una búsqueda exhaustiva en bibliotecas, universidades e Internet se encontraron los siguientes hallazgos:

Manuela

Algunos de los estudios sobre la novela colombiana elaborados por Gerald E. Wade (1947, 467-487), concluyen que este género literario no ha sido muy difundido, y por ende conocido fuera del país. Wade, destaca la novela *María* de Jorge Isaacs, y *La Vorágine* de José Eustasio Rivera como las más reconocidas en el ámbito literario, enfatizando en la importancia y el reconocimiento que se le ha dado a la novela de Isaacs en el contexto latinoamericano. Así, en su recorrido por el panorama de la novela colombiana, Wade hace referencia a *Manuela* como una novela donde se refleja espléndidamente la vida y las costumbres de los pobladores de las áreas rurales, de la época.

De igual forma, Doris Sommer (1989, 440) hace alusión a dos novelas representativas colombianas: *María* y *Manuela*; afirmando que *María* novela de Isaacs, es considerada la obra más representativa de Colombia en dicho periodo, la cual dista mucho de los romances fundacionales del siglo XIX. Sommer critica la consagración de *María* como obra canónica, dado que no está comprometida con las novelas que promueven un proyecto nacional. Por otro lado, hace alusión a *Manuela* “cuya publicación en el Mosaico durante

1858 fue patrocinada como la “novela nacional” por José María Vergara y Vergara” como una obra comparable con los romances fundacionales de otros países.

Amanda Castellanos (1997, 15) en su trabajo de grado denominado *La enseñanza del surgimiento de los partidos políticos en Colombia a partir de la literatura*, muestra cómo *Manuela* puede ser usada en la enseñanza de la literatura desde el punto de vista histórico y literario como una alternativa pedagógica para la enseñanza de la historia de Colombia.

Por otra parte, Nubia Ortiz (2000, 1-26) en su artículo “*Manuela: problemas político-sociales en el movimiento de transición literaria en Colombia*”, hace un análisis sobre *Manuela* destacando la importancia de la novela como texto histórico. Enfatiza en la validez de esta novela en Colombia, y como testimonio de la renovación política que se lleva a cabo después de La Independencia del país. Contrario a varios autores como Salvador Camacho, quien describe a *Manuela* como una novela meramente costumbrista y de carácter local, Ortiz realza el valor histórico de ésta y muestra cómo *Manuela* refleja la ideología de un autor que representa una clase social o un grupo determinado. Afirma que la importancia de la obra radica en el carácter del mensaje que busca transmitir a través del documento histórico. Su valor se atribuye a la idea de mostrar la problemática real, del ideal o la búsqueda de un modelo de nación.

De igual manera, Beatriz Peña (2001, 5-95) realiza un estudio sobre *Manuela* como novela de una nación en formación. Peña examina la novela para evidenciar los procesos que atravesaba la recién independizada república, en cuanto a la formación de sus nuevas instituciones sociales y políticas. Muestra los conflictos y enfrentamientos de los letrados de la época en su lucha por conservar o desprenderse de los modelos impuestos y heredados

desde La Colonia. Peña concluye que en la novela se muestra el poder de la literatura como instrumento de grupos específicos para controlar y aleccionar a la nación. A su vez, evidencia cómo estos procesos todavía se ven en la actualidad, pues Colombia sigue siendo un país en construcción, lo cual se evidencia en el conflicto social actual.

Sin embargo, en un estudio reciente de la Universidad de Antioquia titulado *Manuela de Eugenio Díaz o la novela del impasse de fundación nacional*” (Escobar, 2006, 111-134), se reevalúa el papel de esta novela en el panorama de la literatura colombiana. Así, desde los estudios subalternos se estudia cómo *Manuela* muestra desde las clases populares los obstáculos del proyecto de consolidación nacional. Se dice que el autor de dicha novela evidencia el elitismo de las clases dominantes y a través de la narración introduce algunas demandas históricas hechas por las clases menos favorecidas. Así mismo, se afirma que el autor advierte que la exclusión de las mayorías significa la postergación indefinida de la unión Estado-Nación.

Además de los estudios mencionados, Lucia Camargo en su trabajo de grado: *Metamorfosis de la ciudad letrada. La sinfonía de voces de Manuela y La Centralidad del Letrado en El doctor Temis* (2008, 5) muestra cómo la crítica ha estudiado la novela de Díaz desde la parte estética y ha resaltado su carácter costumbrista. A partir de esta premisa, ella aborda las obras desde una perspectiva diferente, su objetivo es mostrar cuál es la función del letrado en la obra de Díaz y Àngel Gaitàn haciendo uso del concepto de ciudad letrada y las revisiones hechas sobre el mismo. De manera magistral, Camargo pone a prueba este concepto en *Manuela*, a través del dialogo de éste y sus críticas en las revisiones hechas por algunos teóricos entre los que se encuentran: Ramos (2003), Alonso (1994), Moraña (1995), Poblete (1997) y De la Campa (1997), quienes aclaran y amplían el

concepto de “ciudad letrada”, para hacer la relectura de las obras en mención. A su vez, Camargo hace uso de la crítica hecha por Santiago Castro- Gómez (1997) sobre “la ciudad letrada”, pues éste reclama y propone una lectura de la ciudad marginal concluyendo que el concepto puesto a prueba en la obra de Díaz, da luz a una lectura nueva en donde se evidencia como el autor, superó en gran medida los parámetros del XIX al proponer una narración mucho más plural dando lugar a una sinfonía de voces que muestra matices diferentes de la construcción de la nación colombiana.

Por otro lado, en uno de los trabajos más recientes sobre *Manuela*, Camilo Cerpa (2010, 17) realiza un estudio sobre la obra de Eugenio Díaz. Dicho estudio denominado *Manuela Una Mitología de la colombianidad*, busca dar cuenta de la relación entre el modo de estructurar significaciones, el contexto de producción y la figura tachadura del autor. Cerpa desmitifica las críticas hechas a *Manuela* y a su autor, donde algunos críticos literarios reducen la obra, a una novela meramente costumbrista. A su vez, de manera peyorativa se considera a Eugenio Díaz como un “escritor de ruana”. A la luz de lo anterior, Cerpa busca darle vigencia a la obra, haciendo una lectura desde el presente. Su objetivo se centra en mostrar las relaciones lingüísticas y semiológicas entre discurso y realidad. Para él, *Manuela* es la novela de un mitólogo, la cual debe ser abordada como un signo, más que como creación literaria.

Cerpa, valiéndose de conceptos como el de ciudad letrada de Rama y de Mitologías de Barthes, analiza *Manuela* desde dos perspectivas. En primer lugar, Díaz es visto como el letrado quien conoce y aprovecha el poder de los signos y *Manuela* como la consolidación de ese poder en un producto literario. Así, el concepto de letrado propuesto por Rama es validado en Díaz. A través de los estudios subalternos, retoma la crítica que

se le ha hecho a Rama sobre la no inclusión de los discursos marginales y muestra cómo en Manuela, Díaz cumple con dos propósitos el de criticar el modelo de nación y el de reproducir las categorías de aquello que pretende superar.

Por otro lado, Cerpa propone que *Manuela* sea considerada como un mito de la colombianidad, es decir, “leerla como una novela *sobre* el lenguaje de la élite, escrita con relativa independencia *desde* las afueras del saber académico, en el límite mismo entre ciudad letrada y ciudad real” (2019, p.73). A su vez, Cerpa se refiere a Eugenio Díaz como un mitólogo capaz de comprender, interpretar y transformar su realidad, específicamente la que esta permeada por el discurso liberal del momento, el cual se ve plasmado e ironizado en *Manuela*.

Con este estudio, además de reconocer las falencias y refutar algunas de las críticas hechas a la obra de Díaz, Cerpa reivindica el valor de la novela de Díaz dándole un lugar privilegiado dentro del canon literario colombiano. Reconoce el discurso marginal que Díaz manifiesta desde su obra través de algunos personajes y, además le da una lectura nueva desde la Mitología leída como un discurso en donde Díaz pone a dialogar su ideologismo con el contexto social, político e histórico de mediados del siglo XIX. Así, revela la dimensión e importancia discursiva de la obra de Eugenio Díaz.

Clemencia

Algunas de las publicaciones sobre la novela mexicana hacen referencia a *Clemencia* como una novela de costumbres, donde su escritor Ignacio Manuel Altamirano presenta “sketches” de la vida en México. Dicha novela es considerada por algunos críticos como un texto pedagógico. Se le ha considerado una novela costumbrista que además recrea

fielmente algunos de los hechos históricos más relevantes de este país (Leonard, 1951, 1949, p.125-126)

Además de lo anterior, varios estudios realizados sobre la obra de Altamirano le dan más reconocimiento a su novela *El Zarco*; sin embargo, coinciden en que es uno de los escritores que utiliza la novela para aleccionar al pueblo mejicano. Salvador Ruiz (2009, p.1-15) afirma que Altamirano cumple una función excepcional al buscar disciplinar a los ciudadanos mexicanos a través de *Clemencia* y *El Zarco*. Altamirano creía que la novela era la mejor forma de divulgar los ideales de nación que se debía construir, buscando la inclusión de los indígenas en el nuevo proyecto de nación, pero sometiéndolos a un proceso civilizador. Esta idea se desarrolla en la novela *El Zarco*, mientras que en *Clemencia* no se oyen las voces de los indígenas.

Por otro lado, Cristo Figueroa hace una relectura de *Clemencia* basándose en conceptos como “comunidades imaginadas” de Benedict Anderson, “ciudad letrada” de Ángel Rama y en propuestas como la de Beatriz González, Doris Sommer y Moraña. Se busca reenfocar perspectivas para leer dicho siglo sobrepasando las meras periodizaciones lineales. Su preocupación radica en descubrir los móviles que imponen un canon y las formas de resistencia dentro del mismo. Figueroa quiere demostrar que:

Las novelas no solo son fundacionales en la conformación de sus respectivos imaginarios nacionales, sino que cada una establece relaciones peculiares con su entorno específico y con su lugar de enunciación, desde donde se mediatizan discursos políticos, se inscriben actores sociales en conflicto y se elaboran distintas estrategias para conformar “comunidades imaginadas” en las cuales se problematizan identidades reprimidas, manipuladas o de resistencia, (15).

Figueroa afirma que la relectura de *Clemencia* deja en claro la naturaleza fundacional que la caracteriza en tanto texto que refleja las ideas nacionalistas mexicanos. El texto evidencia

tensiones no resueltas y fisuras de los discursos que representan, en este caso parece que las voces indígenas y campesinas son silenciadas en la novela de Altamirano. Utilizando una cita de Moraña, Figueroa ratifica que los nuevos estudios de la literatura del siglo XIX deben profundizar en:

Las diversas formas de subjetividad colectiva dentro del amplio marco de las luchas de emancipación, como manera de visualizar tensiones, conflictos y negociaciones que subyacieron en la matriz nacionalista y se proyectaron, con diversas agendas, hacia el horizonte de la modernidad (82).

Por otro lado, Christopher Conway (2000, 91-106) aborda la obra de Altamirano especialmente *El Zarco* y a través de ella analiza el papel de la mujer en la Hispanoamérica decimonónica. Afirma que Altamirano escribe para aleccionar a los lectores, pero especialmente a la mujer quien desde el hogar forma uno de los pilares de la moral nacional. Manifiesta que Manuela (personaje central de *El Zarco*) es seducida por el poder y la ambición, al igual que Clemencia (personaje central de su obra *Clemencia*). Conway, afirma que todo lo que la mujer haga para salir del entorno hogareño es amenazante para las estructuras establecidas. Este fenómeno de mujeres extraviadas se ve en varias de las obras decimonónicas de la época y es atribuido principalmente al desorden de lo nacional del cual estas mujeres son víctimas.

Así, tomando en cuenta los hallazgos ya mencionados sobre *Manuela*, y su importancia histórica en el canon literario colombiano; al igual que, los estudios hechos sobre *Clemencia*, en el contexto mexicano, el propósito de este trabajo es hacer una aproximación literaria de *Manuela* y *Clemencia*; a fin de darle vigencia a las novelas, por medio de una lectura actualizada, cuyo énfasis está dado en la inclusión y la exclusión de discursos marginales permeados por una problemática fundacional de mediados del siglo XIX. En estas novelas, dichos discursos se ven expuestos como muestra representativa de

una problemática global, la cual, a través de la historia y sus distintas épocas ha logrado afectar no sólo a las sociedades en formación, sino también a la vida moderna. Así, desde *Manuela y Clemencia*, se pretende abordar *La Ciudad Letrada*, *Las Comunidades Imaginadas* y *El Romance Fundacional*, los cuales, a pesar de ser conceptos independientes, se plasman de manera magistral en las dos obras, evidenciando la inclusión y la exclusión social como hechos históricos irrefutables.

Para tal fin, la presentación de este proyecto se ha organizado en dos capítulos, los cuales constituyen el cuerpo del trabajo de la siguiente manera: un primer capítulo denominado “*Manuela y Clemencia: proyectos de fundación nacional*” en donde se realiza una síntesis de algunos conceptos metodológicos matizados, a saber: “La Ciudad Letrada”, propuesto por Ángel Rama; “Comunidades Imaginadas” de Benedict Anderson, y “Romances Fundacionales” de Doris Sommer. A continuación, se contextualizarán las dos novelas y sus respectivos autores.

En el segundo capítulo, denominado “La Ciudad Letrada y La Ciudad Real: inclusión y /o exclusión en *Manuela y Clemencia*”, se pondrán a prueba los conceptos mencionados a fin de demostrar cómo en *Manuela*, se habla desde la marginalidad para evidenciar la inclusión de las clases populares en el proyecto de fundación nacional. Por su parte, en *Clemencia*, se mostrará cómo el proyecto de nación es creado desde la inclusión de lo mejor de la raza mexicana, a su vez, que se silencian las voces de los indígenas de la nación.

Este estudio de las novelas de Díaz y Altamirano respectivamente, pretende hacer una relectura, buscando evidenciar nuevas rutas para hacer aproximaciones a obras decimonónicas representativas de los países latinoamericanos recién independizados,

rescatando su valor histórico y literario, ya dándoles vigencia dentro de las más recientes investigaciones de los estudios literarios.

CAPÍTULO 1: *Manuela y Clemencia*, proyectos de fundación nacional

Como es bien sabido, los procesos de independencia en América Latina dieron origen a la formación de nuevas ideologías, de clases sociales nacientes, del posicionamiento de los partidos políticos del momento, al igual que de la formación de nuevas naciones. Así, a mediados del siglo XIX, las nuevas naciones o estados en formación se vieron fortalecidos por influyentes letrados, escritores, intelectuales y burócratas, quienes intentaron establecer un nuevo orden social, político y económico en Latinoamérica. El desarrollo de estos ideales se manifestó en gran parte de América Latina bajo los preceptos del modelo liberal, el cual según Beatriz González Stephan (1987), moldea la estructura de los nuevos estados nacionales. Así, los países latinoamericanos siguen las premisas del progreso, modernización, descolonización, profundización del latifundio y gobiernos dictatoriales abanderados por los liberales. Sin embargo, González Stephan asegura que la disputa entre los gobernantes por mantener los modelos coloniales o impulsar una nueva fuerza política, generó una pugna bipartidista que en el fondo buscaba mantener un orden. De ahí, que la división entre liberales y conservadores no fuera tan radical dado que algunos países adaptaban los preceptos de uno u otro partido, resultando en conservadores liberales o liberales conservadores. Colombia y México, no son la excepción, pues como se evidenciará, estos dos países adoptan el modelo liberal seguido por los países latinoamericanos en el siglo XIX.

Es así como en *Manuela y Clemencia*, se devela una fuerza simbólica enfocada hacia un proyecto de identidad y formación nacional recreado por ideas históricas, tal como lo muestra Hommi Bhabha en su concepto de nación, el cual está representado en la narrativa

de una forma universal y pensada como una continuidad histórica, es decir, que tiene su origen en las tradiciones del pensamiento político y del lenguaje y se extiende a los límites del futuro. Además de reafirmar la ambivalencia de este concepto ya evidenciada por otros críticos, coincide con Anderson al concebir la nación como parte de un pasado y un futuro marcado por el contexto cultural en el que se inscribe.

Así, a través de la literatura, los letrados e intelectuales influyentes de dicha época logran insertar en las novelas representativas de cada país un discurso pedagógico y aleccionador que busca consolidar la identidad nacional. En el caso de Colombia, Eugenio Díaz se encarga de retratar en *Manuela* parte de los inconvenientes a los que se ve enfrentado el nuevo gobierno debido a la no inclusión de las clases populares en la construcción del Estado. A través de la narración logra evidenciar con firmeza parte de los problemas sociales, políticos y económicos de las clases menos favorecidas, mostrando así una posición crítica en defensa de los derechos de igualdad e inclusión en la nueva nación. Por otra parte, en México, el escritor Ignacio Altamirano quien es digno representante de las ideas liberales, se encarga de recrear en *Clemencia* el ideal de nación. Busca mostrarle al pueblo mexicano los errores que se han cometido al privilegiar modelos foráneos en el proceso de construcción de identidad de dicho país.

De esta forma, *Manuela* y *Clemencia*¹, pasan a ser un símbolo de la posición y oposición dominante del poder político e ideológico, representado en momentos históricos cruciales de cada país; logrando así vislumbrarse como un proyecto de fundación nacional. En este contexto, intentaré explicar y matizar los conceptos teóricos de “Ciudad Letrada”, “Comunidad Imaginada” y “Romance Fundacional”, a la luz de las novelas de Eugenio

¹ Para efectos de este análisis se trabajara la novela *Clemencia* de Ediciones Leyenda (2001). En cuanto a *Manuela*, se utilizará, la edición de Editorial Panamericana (1993).

Díaz Castro con *Manuela* e Ignacio Manuel Altamirano con *Clemencia*, a fin de analizar los discursos marginales circulantes sugeridos de manera implícita o explícita en estas dos obras.

1.1 Construcción de nación desde la escritura

“Ciudad Letrada”, “Comunidades Imaginadas” y “Romance Fundacional”, son conceptos básicos para el desarrollo y fortalecimiento de las naciones en formación que subyacen a las estructuras culturales nacientes afectadas por un tinte costumbrista, en pro de imaginarios exitosos del poder social, político, económico y religioso, utilizando la letra como instrumento masivo, aleccionador, controlador y regulador de un sistema social.

Ángel Rama, hace un recorrido desde La Colonia hasta la Modernidad evidenciando la evolución histórico-cultural de América Latina a través de mecanismos usados desde La Ciudad Letrada y el poder de los intelectuales de la época para instaurar ideologías que promovían la formación de naciones, además de la relación entre La Ciudad Letrada y La Ciudad Real, es decir, un espacio común: la ciudad. En primer lugar, Rama (1984, 5) define la ciudad ordenada como aquella donde el orden social se refleja en un orden físico. Una jerarquía que se debe mostrar en la distribución espacial, privilegiando el centro de la ciudad, pues en ésta se concentraba el poder. Según él, el objetivo de dicho orden era proteger a la ciudad y sus instituciones de futuros desordenes; y a fin de controlar este sistema, se debió incluir un grupo de personas que se encargaran de hacer cumplir la organización establecida. Así,

“hubo una ciudad letrada que componía el anillo protector del poder y el ejecutor de sus órdenes: una pléyade de religiosos, administradores, educadores, profesionales, escritores, y múltiples servidores intelectuales, todos esos que manejaban la pluma, estaban asociados directamente a las funciones de poder” (1984, 25).

Su función era la de administrar y mantener el orden impuesto en la ciudad, concentrando así el poder en un grupo selecto de intelectuales. Desde este anillo de poder, los letrados se encargaron de dirigir la ciudad, desde el púlpito, la educación, las letras y otras instancias. Labor que cumplieron cabalmente y que se reafirmó y perpetuó a lo largo de varios años. Esta relación se validó más con la denominada Ciudad Escrituraria, a través de la cual se muestra, la separación entre la lengua hablada y escrita legitimando el poder de los letrados. “El corpus de leyes, edictos, códigos acrecentando aún más desde la independencia concedió un puesto destacado al conjunto de abogados, escribanos, escribientes y burócratas de la administración” (42), tal como se muestra en *Manuela*. (segundo capítulo de este trabajo).

La Ciudad Escrituraria hizo más evidente la división jerárquica en la ciudad real. La lengua se convirtió en el elemento que otorgaba poder y marginaba a ciertos anillos que componían la ciudad. En ésta, se denotan brotes de resistencia a través del grafiti lo cual manifiesta la aparición de un discurso transgresor que se cuela en medio de la ciudad ordenada. Así, la escritura sirvió para manifestar el surgimiento de expresiones consideradas como ilegales de una parte de la sociedad, estableciendo un punto de partida donde se reconozca la diferencia entre la ciudad real y la ciudad letrada. Tal como se ve en *Manuela*, donde a través de la letra se escucha el discurso de los marginados como miembros activos en pro de la construcción de una nación que adolece de inclusión de las clases menos favorecidas.

Rama continúa su recorrido por la ciudad modernizada, demostrando cómo la aparición de nuevas profesiones y grupos retan a la ciudad letrada usando la letra misma para criticar el poder ejercido desde el grupo élite. Como consecuencia, se llega a compartir

el poder aceptando las modificaciones hechas a la ciudad a partir de los nuevos contextos. De esta forma, la división entre ciudad letrada y ciudad real se hace más evidente, permitiendo así la incorporación de la clase media, entre ellas. En la evolución del concepto, y dado el contexto histórico cambiante, Rama se pregunta “¿Cuál ha sido la evolución de la ciudad letrada en la época de revueltas, cuáles sus respuestas y cuál, incluso, su vigencia, si acaso hubo algo ponderable?”(1984,132). Tal como se sugiere en *Manuela*, la división entre los denominados “calzados” y “los descalzos”, haciendo referencia a las clases sociales predominantes del momento. La ciudad letrada entonces es replanteada y según Rama la esencia se mantiene aunque se vea mediada por nuevos discursos políticos y económicos. Finalmente, Rama muestra cómo la modernidad del siglo XX, representada en las revoluciones caudillistas se adentra en la ciudad letrada cambiando la organización del poder. Además de esto la educación popular influye de manera decisiva y significativa permeando estas nuevas sociedades. Así, lo más relevante no es la aparición de culturas populares, sino su reconocimiento como culturas válidas, al igual que su expansión en el poder.

De esta manera, Rama hace un recorrido histórico usando la noción de “Ciudad Letrada” desde sus inicios en La Colonia hasta la Modernidad. Muchos son los críticos literarios y estudiosos que han tomado dicha noción para afianzarla y complementar el trabajo empezado por Rama. Dada la pertinencia del análisis hecho por Camargo (2008) en la tesis de grado denominada *Metamorfosis de la ciudad letrada La sinfonía de voces de Manuela y La Centralidad del Letrado en El doctor Temis*, retomaré parte del relacionamiento establecido por ella entre el concepto de “Ciudad letrada” planteado por

Rama y las críticas hechas a éste, sobre su ahistoricismo y el reclamo por los discursos marginales.

Así, en el planteamiento hecho por Camargo se muestra cómo el concepto de “letrado” propuesto por Rama, tiene algunas limitantes en cuanto a su permanencia desde La Colonia hasta varios siglos después sin tener en cuenta el contexto social y político particular. A su vez, de manera magistral, Camargo revisa las críticas hechas por Moraña, Plobete, Ramos y De la Campa quienes complementan la idea de Rama. En este trabajo es pertinente la revisión crítica mencionada dado que es el soporte teórico que da validez al análisis del papel del letrado en *Manuela*, y su relación directa o indirecta con los discursos marginales. De igual manera, Camargo confirma y demuestra la forma en que Rama evidencia en sus escritos los discursos transgresores, al igual que la manera como algunos intelectuales usan la letra para criticar a la denominada Ciudad Letrada. De la misma manera, dentro de las críticas que se hacen a este concepto de “Ciudad Letrada”, también se encuentra la de Santiago Castro-Gómez (1997,123-132) la cual complementa los conceptos propuestos por Rama, y quien afirma que también existieron letrados que operaron desde la escritura, gestando “un imaginario liberador y contra hegemónico”. De igual modo, Castro menciona las críticas hechas por Adorno, Ramos y Moraña, quienes han dicho que el concepto de “Ciudad Letrada” es demasiado compacto, estático e indiferenciado y deja un mínimo de espacio para discursos transgresores. Sin embargo, para Castro-Gómez, lo más importante en su reflexión es el problema de la representación y su vinculación a prácticas reflexivas. También, él propone trabajar desde la reflexividad *hermenéutica, cognitiva y estética*, herramientas que servirán para identificar la capacidad que tiene La Ciudad Letrada de crear discursos transgresores desde la misma escritura.

Las reflexiones cognitivas se dan cuando la escritura pasa a funcionar en la sociedad como un subsistema operativo que rige, controla y busca la autoconservación social (manuales, gramáticas etc.). Tal como se evidencia en *Clemencia*, donde Altamirano usa a algunos de los personajes de la novela como íconos de reflexión (ver segundo capítulo de este trabajo). A su vez, Castro- Gómez sugiere que los espacios reflexivos permiten a los sujetos observarse a sí mismos como parte del sistema, estableciendo diferencias marcadas frente a otros. En cuanto a las reflexiones hermenéuticas, el grupo a través ya no de la parte sistemática, sino por la experiencia propia, puede sentirse parte de un colectivo o excluido del mismo. De esta manera, la escritura misma permite que el grupo haga observaciones sobre sus prácticas y se observe como parte del sistema o fuera de éste. Finalmente, la escritura también genera una reflexión estética, en donde también juega un papel importante el sentimiento de exclusión, pero los sujetos en cuestión ya no son parte de un colectivo, sino individuos. “Para estos individuos, las prácticas literarias eran un medio para observarse en su alteridad y elaborar políticas contrahegemónicas de representación” (1997, 131.)

Esta revisión hecha por Castro-Gómez al concepto inicial de ciudad letrada es pertinente para el estudio aquí propuesto, dado que Eugenio Díaz Castro utiliza la escritura para desde ahí mismo insertar un discurso marginal. A su vez, haciendo uso de la escritura, herramienta por excelencia de los letrados, reflexiona sobre su propia situación y la de un grupo particular. A partir de la auto-observación, en *Manuela*, Díaz usa el poder de la escritura no para aleccionar, sino para evidenciar discursos transgresores.

Por otro lado, Ignacio Manuel Altamirano, letrado por excelencia de la sociedad mexicana, también hace una reflexión sobre las prácticas de la sociedad en que está

inmerso, usando la letra para describir y sugerir lo que se debe hacer en pro de una comunidad ideal, en el caso particular mexicano. A diferencia de Díaz, quien como se verá más adelante escribe desde la marginalidad, la cual es definida por Cortés (2002), como un concepto que se sitúa dentro de la teoría de la modernización, según la cual las sociedades subdesarrolladas se caracterizan por la coexistencia de un segmento tradicional y otro moderno, siendo el primero el principal obstáculo para alcanzar el crecimiento económico y social, autosostenido. La noción de marginal, en su concepción más abstracta, remite a las zonas en qué aún no han penetrado las normas, los valores ni las formas de ser de los hombres modernos.

Desde este panorama, y con la ampliación hecha por varios autores al concepto inicial planteado por Rama, intentaré abordar el papel del letrado como un símbolo de inclusión y/o exclusión de la construcción de la nación desde la escritura, sugerido en *Manuela y Clemencia*

1.2 *Manuela y Clemencia*: Comunidades Imaginadas desde lo ideológico

El teórico Benedict Anderson (1993), en “Comunidades Imaginadas. Reflexiones sobre el origen y difusión del nacionalismo”, analiza el origen y la difusión del nacionalismo en Latinoamérica y cómo este modelo es tomado para Europa, África y Asia. Anderson define lo que considera nación, las variables que han afectado el imaginario que se establece de ésta y su expansión mundial.

Una de sus más importantes aseveraciones consiste en afirmar que la nacionalidad, o la “calidad de nación”, igual que el nacionalismo son artefactos culturales de una clase particular, que han llegado a tener una legitimidad emocional y unos apegos muy

profundos, los cuales una vez creados, se volvieron adaptables a cualquier terreno social. Anderson propone entender la nación como una comunidad política imaginada, limitada y soberana. Imaginada porque no todos los miembros se conocen aunque se consideren parte de la misma. Se imagina limitada porque todas las naciones poseen fronteras que las delimitan a pesar de los millones de habitantes que se encuentren en ellas.

Se imagina soberana porque el concepto “nació cuando la Ilustración y la Revolución estaban destruyendo la legitimidad del reino dinástico jerárquico” (1993,25) cuya autoridad generaba orden y por el cual la humanidad aclama un estado soberano que garantice la libertad. Por último se imagina como comunidad porque a pesar de la heterogeneidad y desigualdad, se entiende como un compañerismo profundo, una fraternidad que supera lo anterior. La concepción de comunidades imaginadas no sólo proviene de las ideas de las comunidades religiosas y reinos dinásticos, también la novela y los periódicos que inician en el siglo XVII tienen parte importante en la transformación de esta definición, pues los autores proveen los imaginarios de las clases de comunidades imaginadas que deberían ser las naciones. Estas herramientas sirven para mediatizar y fijar las ideas dándole perdurabilidad al lenguaje con el objetivo de formar una idea de nación. Más adelante no sólo la imprenta, y los periódicos influenciaron en la conformación de una nación, también se muestra como la televisión facilita la difusión y la creación imaginaria de comunidad.

Anderson advierte la importancia de retomar los procesos de independencia latinoamericanos que fueron consecutivos y crearon los primeros bocetos de modelos de nación “revisar la formación de naciones dada entre 1776 y 1838 donde nacen los primeros modelos de lo que debe parecer de manera simultánea y ofrecen un gran campo de investigación (1993,76). De aquí, que los estudios latinoamericanos recientes retomen

estas rutas señaladas por varios teóricos para revisar los proyectos de nación en el siglo XIX latinoamericano. Para efectos de este trabajo, se retomará este concepto propuesto por Anderson, a fin de esbozar la idea de “comunidad imaginada” en Colombia y México, en el período histórico respectivo. Así, en *Manuela y Clemencia*, obras representativas del siglo XIX en sus respectivos países, los letrados difunden el ideal de una nación en proceso de creación. De manera complementaria se mostrará cómo el concepto de letrado ya mencionado encaja con la idea de comunidad imaginada para revelar el modelo ideal propuesto a través de estas obras en el contexto Colombiano y Mexicano, tomando como referente de poder, la letra.

1.3 *Manuela y Clemencia* como Romances fundacionales

Doris Sommer en *Ficciones fundacionales* (2004) hace un recorrido por la literatura latinoamericana mostrando la relación entre ésta y la fundación de las nuevas naciones. Su principal objetivo es “poner al descubierto lo inextricable que es la relación que existe entre la política y la ficción en la historia de la construcción de una nación” (2004, 22). Así, Sommer propone una alegoría entre las novelas y las naciones en formación, afirma que los romances plasmados en varias de las novelas latinoamericanas eran un ejemplo del ideal de la nación soñada por los letrados, pues se consideraba que después de las constituciones políticas de cada país, las novelas fundacionales eran pioneras en la conformación de los nuevos estados. Esta relación entre el eros-polis se alegorizaba en un romance que buscaba llegar al matrimonio de los héroes representando a la nación, en algunos casos se representaba un romance frustrado o un final feliz. Es decir, la nación y el romance estaban ligados a través de las novelas que escribían quienes querían aleccionar o preparar un proyecto de fundación nacional en los países latinoamericanos: “En las fisuras

epistemológicas que la historia deja expuesta, los narradores podían proyectar un futuro ideal” (2004, 24). La necesidad de construir un nuevo futuro para las naciones recién independizadas animaba y legitimaba el discurso propuesto por los narradores de la época. Los letrados emplearían la letra fijando esos ideales necesarios para dar a conocer al pueblo su historia pero sobre todo su futuro. Dentro de estas producciones se destaca la novela la cual como lo profesaban los letrados tenía mayor difusión dentro de los ciudadanos llegando a grandes masas y por ende siendo el mejor instrumento para aleccionar a la comunidad. “Las novelas enseñarían a la población sobre su historia y sentimientos modificados por sucesos políticos y sociales que aún no habían sido celebrados” (2004, 26)

De esta manera las novelas son permeadas por los preceptos políticos del modelo del liberalismo que fue adaptado en Latinoamérica de forma diferente en cada país, pues los fundadores de las naciones tomaban los lineamientos que les convenían y los adaptaban a su nueva realidad. Este modelo llevado de la mano del auge progresista de las nuevas naciones se plasma en la mayoría de las novelas latinoamericanas del siglo XIX, amor y progreso como fusión de la nación. La mayoría de las novelas de esta época usaban la metáfora del matrimonio para consolidar o acortar distancias entre una región, una raza o partidos durante la formación de los estados, los héroes representaban los elementos que debían buscar el equilibrio de la nación o las barreras que se debían superar para buscar el futuro ideal.

Sommer se vale de Foucault y Anderson para mostrar por qué el erotismo y el nacionalismo son figuras recíprocas dentro de las ficciones del siglo XIX. Foucault en su libro *Historia de la sexualidad* se pregunta por qué lo que es reprimido genera tanta discusión y mecanismos para controlarlo de parte de las instituciones. En este caso, muestra

como la “discusión de las irregularidades sexuales ha generado una serie de discursos institucionales para controlarlo” (2004, 51). Sommer afirma que Foucault se centra en demostrar cómo las prácticas sexuales marginales han generado un discurso clínico y jurídico olvidando la sexualidad legítima burguesa dada por la unión conyugal, además de la expresión de ésta dada en el género más vendido, la novela. Según Foucault, esta clase de literatura fue un fenómeno cauteloso y decoroso, pues funcionó como norma legítima; sin embargo, él pasa por alto los libros que tendieron a construir modelos para los proyectos patrióticos de las nuevas naciones. Sommer concluye que el Estado se convierte en la institución que más necesita reforzar sus estructuras de poder encontrando en la novela la forma de controlar y manifestar el eros de una forma lícita.

Así, en mucha de la literatura decimonónica se encuentran contruidos discursos sexuales desde el poder que son pensados para aleccionar a las masas siendo este el caso que nos compete con Ignacio Manuel Altamirano, quien decía a los novelistas “utilicen el género como un artificio para hacer descender a la masa doctrinas y opiniones, dejando los estúpidos cuentos ociosos. Tras la fantasía debería estar la historia, la moral, la política, el análisis social, nivelar las clases, educar la costumbres, buscar la mejora de la humanidad” (Martinez, 1969, 16). Altamirano utiliza sus novelas para dar lecciones de moral a los mexicanos, pero sobre todo para advertir sobre lo que debe ser el mexicano ideal que sentará las bases de la naciente sociedad.

Por otro lado, Eugenio Díaz utiliza la novela más que para proyectar un futuro ideal, para evidenciar un problema que impide la consolidación del Estado; sin embargo, dentro de su narración el romance ficcional también se recrea aunque con matices diferentes como se verá en el análisis posterior.

En su análisis, Sommer retoma las premisas ya descritas por Anderson quien, como ya se mencionó, se pregunta por el origen del nacionalismo y la razón que lleva al surgimiento de este desaforado sentimiento que deriva en la formación de una comunidad imaginada, otorgándole parte de la creación a la ficción, es decir, a los periódicos y las novelas que incitan al nacimiento e instauración de ideologías dentro de las comunidades. Así, Foucault y Anderson coinciden de alguna manera al examinar la relación entre eros y polis, pues el primero delinea en su libro los cuerpos sexuales desde el poder del Estado mientras que Anderson se ocupa de estudiar el vínculo libidinoso de las comunidades con el nacionalismo.

De esta forma, Sommer concluye que el Estado, la religión y el sexo se unen para desplazar modelos anteriores adjudicándoles a los novelistas decimonónicos la facultad de plasmar en sus novelas la relación entre el estado y el romance. Según ella, las novelas serían usadas por los letrados de la época para controlar y moldear a la nación, en donde su gran mayoría los amantes deben superar obstáculos para consolidar una unión ya sea de carácter social o político, que conlleve a la identificación de un problema que experimenta la nación. “El romance y la república a diseñar con frecuencia estuvieron unidos, como dije, a través de los autores que prepararon proyectos nacionales en obras de ficción e implementaron textos fundacionales a través de campañas legislativas o militares” (2004, 24). Siendo este el caso de *Clemencia* donde Altamirano, escritor y militar, usa un relato histórico y romántico para proponer un nuevo modelo de nación, a través del romance frustrado entre los personajes principales del relato. Enmarcado en un fondo político e histórico, dicho romance deja ver los errores cometidos por el pueblo mexicano, y las posibles consecuencias de los mismos.

Por su parte, Sommer plantea su hipótesis sobre los romances fundacionales, valiéndose del término alegoría como “un discurso que representa constantemente al otro e invita a una doble lectura de los hechos narrativos” (2004, 59). Así, las historias de los romances están entrelazadas con las consignas políticas del estado dando la posibilidad de leer dos discursos que se superponen entre sí, dos tipos de significaciones y dos niveles de análisis que nos muestran la relación entre Eros y Polis. De esta manera, se leerán *Manuela y Clemencia*, como romances alegóricos los cuales recrean desde dos planos de significación: un romance con fines fundacionales, y unos preceptos políticos infundidos a través de una relación posiblemente conyugal.

1.4 Contexto histórico y lugar de enunciación de *Manuela y Clemencia*

Después de la independencia de España en 1820, Colombia empieza la organización de la etapa republicana, la cual tenía varios retos, especialmente el relacionado con una economía incipiente causada por los préstamos de Inglaterra utilizados para costear las guerras de independencia.² Sin embargo, las condiciones sociales de los primeros años como nación independiente se mantuvieron muy parecidas a las prevalecientes en la época colonial, es decir, continuaron los privilegios de las clases élite, desatando la lucha por el poder entre varios grupos como los terratenientes, comerciantes y esclavistas. En cuanto a los demás grupos raciales, los indígenas continuaron en sus resguardos, los mestizos seguían siendo marginados y la esclavitud continuó. Después del intento fallido de mantener la unión de la Gran Colombia, el país comienza una etapa de construcción y definición de sus instituciones para la conformación de la República. A pesar de la

² Para el contexto histórico colombiano y la vida de Eugenio Díaz se hará alusión a José María Vergara y Vergara en *Historia de la literatura de la nueva granada* (1974); así mismo a Frank Safford en *Colombia País fragmentado sociedad dividida*. (2002)

proclamación de igualdad, la construcción de la nueva nación fue excluyente; dado que las minorías y las clases menos favorecidas no participaron de la creación del nuevo país, pues la falta de acceso a la educación y la no posesión de bienes los alienaron e impidieron que participaran o tuvieran la posibilidad de ascender socialmente a los nuevos anillos del poder. En este periodo de modernización, que para Colombia fue tardío, dado que sucedió a principios del siglo XX; mientras que en países como México y Chile, se dio a finales del siglo XIX, permitiendo que algunas clases sociales como los artesanos y comerciantes, tuvieran una participación activa en el poder. Además, se produjeron algunos notables adelantos como los primeros ferrocarriles, el telégrafo y la creación de algunas empresas, pero no se logró llegar a la industrialización, pues la producción y el crecimiento económico estuvieron orientados hacia el exterior olvidándose de impulsar la economía interna del país. Pese a los esfuerzos por terminar con la fragmentación regional e incentivar el comercio y la comunicación entre las regiones, este hecho se reforzó más dado que cada departamento buscaba el surgimiento independiente de su región lo cual contribuyó al empobrecimiento del país y a la exclusión de éste en intercambios transatlánticos.

En el período comprendido entre 1845 y 1876, predomina la era liberal en Colombia, la expansión de la economía externa y se intensifica el conflicto entre conservadores y liberales, desatando una serie de disputas por el poder. Se inicia el período de gobierno de Tomás Cipriano de Mosquera, quien impulsa la expansión del comercio, especialmente con el denominado boom tabacalero, y algunos mejoramientos de las comunicaciones terrestres que facilitaron la conexión entre varias zonas del país, consolidando así la navegación por el Río Magdalena, como uno de los resultados de estas bonanzas. Por su parte, el auge del

comercio al exterior fue bien recibido por la clase alta de Nueva Granada, pero causó un efecto negativo dentro del grupo de artesanos de Bogotá; lo cual conllevó a su oposición a ciertos aspectos del programa liberal y a protagonizar la revolución liberal de 1849. Este hecho es relevante para efectos de análisis de *Manuela* dado que en el texto se hace alusión a la división de los partidos políticos de la época. Por su parte, las ideas liberales también promovieron la libertad de cultos, la separación de la iglesia y el estado, cosa que no ocurrió con los conservadores, además, adoptó medidas para la disolución de los resguardos indígenas y libertó a los esclavos por medio de la ley del 21 de mayo de 1851. La reglamentación liberal suprimió los impuestos a las exportaciones, promulgó el matrimonio civil, el divorcio y se dictaron leyes para proteger las libertades individuales.

Este período también trae consigo conflictos como el de 1851, consecuencia directa de las reformas liberales que llevaron a los conservadores a sublevarse, especialmente por el recorte de privilegios a la iglesia quien a su vez se unió con los conservadores. Así, el partido liberal sufre una división dentro de su estructura organizacional distinguiéndose tres fracciones: una constituida por la sociedad de artesanos denominada *Sociedad Democrática de Bogotá*, la cual sirvió para movilizar a las clases populares del país; otra por los llamados *gólgotas*, quienes en buena parte se destacaban por ser la generación más joven e influenciada por las corrientes ideológicas y políticas de Francia; y *los draconianos*, quienes temían que los excesos de libertad promulgados por los *gólgotas* terminaran con el orden social del país. Este conflicto interno dentro del liberalismo se agudiza en 1853 con la elección de José María Obando como Presidente de la República, quien era apoyado por los draconianos pero quien a raíz de las medidas tomadas en la constitución de 1853 y sufre el golpe de estado del general José María Obando; sin embargo, José Hilario López,

Tomás Cipriano de Mosquera y Pedro Alcantara de Herrán, representantes de un sector mayoritario del liberalismo y del conservatismo apoyaron al gobierno derrotando a Melo, y así, restableciendo el orden en el país. Mientras tanto, el congreso retira a Obando del cargo y tras ganar las elecciones presidenciales, Mariano Ospina –conservador- asume el poder sin llevar a cabo reformas tan significativas como las hechas por los liberales durante su periodo en el poder.

Teniendo como escenario este contexto histórico, predominando los conflictos partidistas entre conservadores y liberales, se inscribe Eugenio Díaz (1803-1865), con su novela *Manuela*, la cual es publicada por entregas periódicas en el diario El Mosaico, convirtiéndose en su obra prima en 1858. Educado en el Colegio de San Bartolomé, durante los primeros años se vio afectado por una afección en el pecho, lo cual lo llevó a retirarse al campo, a una hacienda de su familia en donde desempeñó varios oficios propios de este lugar y posteriormente a tierra caliente. Durante su estadía, y en sus ratos libres se dio a la tarea de retratar las costumbres del escenario rural que lo circundaba, llevándolo a plasmar la vida rural en sus relatos. Más tarde, se presentó ante José María Vergara y Vergara;³ llevando consigo el manuscrito de su novela *Manuela*, la cual fue elogiada por ser una novela nacional, pero criticada por su carencia estilística. Así, Díaz y Vergara deciden fundar el periódico *El Mosaico* cuya primera publicación apareció en diciembre de 1858. Este periódico fue usado por la élite bogotana a fin de llenar vacíos a nivel literario y opinar sobre los aspectos sociales, políticos y económicos tan agitados durante estos años.

³ José María Vergara y Vergara reconocido crítico y escritor colombiano, perteneciente a la clase letrada Bogotana, quien conoce a Eugenio Díaz y junto con el cual, fundan la revista literaria *El mosaico*. A su vez, es la persona encargada de leer y publicar la novela de Díaz.

Díaz, a pesar de hacer parte del grupo de escritores de la Nueva Granada es considerado un “escritor de ruana”, dado que no tiene la formación intelectual europea de los demás miembros de la élite. Vergara lo describe como un hombre sencillo, de cabello gris, humilde e hijo del pueblo, lo cual se ve retratado en su forma de vestir y escribir. “Vestía ruana nueva de bayetón, pantalones de algodón, alpargatas y camisa limpia pero sin camisa y sin corbata” (1931, 116) “Se escribió como escritor pero de ruana: nunca le dio vergüenza no tener levita” (1931, 122)

A través de *Manuela*, Eugenio Díaz pretendía visibilizar la desigualdad e irregularidad de las instituciones y formas gubernamentales impuestas por los gobiernos nacientes. De igual manera, retrataba la realidad de las comunidades rurales pertenecientes a una nación que intentaba ser homogénea, sin reconocer las diferencias sociales dentro de su territorio. De esta forma, Díaz se declaró seguidor de las ideas conservadoras, y por consiguiente fervoroso seguidor de las doctrinas cristianas. Así, su observación más notoria sobre política la redujo a una frase en la que afirma: “La república se debe fundar de abajo para arriba: de la parroquia para el congreso” (Vergara y Vergara, 1931, 120).

Díaz, publicó otras novelas en el Mosaico, a saber: *Una ronda de Don Ventura Ahumada*, *Las fiestas de Chapinero* y *las Aventuras de un geólogo*. Por su parte, Vergara y Vergara reafirma que todas las obras de Díaz cumplen cabalmente con descripciones marcadas por la verdad, retratos de las costumbres de la gente del pueblo; pero se caracterizan por el uso de un lenguaje incorrecto.

Finalmente, en 1861 Eugenio Díaz muere a causa de una penosa enfermedad dejando algunas obras y artículos inéditos; pero sobre todo, el reflejo de un periodo nacional en construcción que se ve reflejado especialmente en *Manuela*.

Ocho años más tarde, en 1869, la novela *Clemencia* del mexicano Ignacio Altamirano es puesta en el escenario de las letras nacionales, convirtiéndose en un referente histórico, el cual tuvo sus comienzos en 1821, después de la independencia. México⁴ sufre varias guerras, entre ellas con Estados Unidos cuando pierde el estado de Texas, los territorios de Nuevo México y Alta California, además de enfrentar la guerra civil de Aguas Calientes, las insurrecciones de los indios (como la de Yucatán y Sierra Gorda) y las incursiones de los indios bárbaros causando asesinatos y la quema de viviendas.

Tras sufrir estos conflictos a mediados de 1850 los partidos políticos se prepararon para la sucesión del poder la cual es obtenida por Mariano Arisa quien se rodea de liberales puros, moderados y conservadores para continuar con una orientación mediada por su antecesor. Sin embargo, el panorama durante el mandato de Arisa es bastante devastador, pues se presentan hechos como la invasión de Sonora, la invasión de Durango invadido por grupos indígenas nómadas, la amenaza sobre Tehuantepec por el presidente de Estados Unidos y una revolución en Guadalajara (escenario de *Clemencia*), en contra del gobernador, iniciada por seguidores del General Santa Anna quienes lo reclamaban en el poder. Arisa renuncia a la presidencia en 1853, que es asumida en abril del mismo año por el General Santa Anna, de ideología conservadora, quien impone la conservación de la religión católica, la abolición de las elecciones populares, la abolición del sistema federal,

⁴ Para el contexto histórico mexicano y la vida de Ignacio Altamirano se hará alusión a Ledda Arguedas Ignacio Manuel Altamirano en Luis Iñigo Madrigal (1993); así mismo a *Historia General de México* de El colegio de México (2000)

la redistribución del estado territorial para su funcionamiento, logrando desterrar a sus enemigos políticos especialmente a los liberales.

Al año siguiente del mandato de Santa Anna, las clases dirigentes manifestaron su repudio hacia la libertad civil, las persecuciones políticas y a sus proyectos monárquicos, por lo cual se proclamó el denominado Plan de Ayutla cuya finalidad era derrocar al presidente-dictador, crear un congreso que hiciera la nueva constitución y restringiera las funciones del nuevo gobernante. Dichas pretensiones fueron logradas, en la presidencia del general Juan N Álvarez, quien da origen a la reforma liberal de las instituciones, privando al clero de sus derechos políticos, fomentado la era progresista, bandera del liberalismo que más tarde será fortalecido por el gobierno de turno.

Como resultado de la crisis política de México, resultó debilitada la economía del país, dando paso a la intervención extranjera, particularmente con la invasión francesa. Maximiliano de Hasnburgo, representante de los franceses, apoyado por los conservadores mexicanos, ocupó la capital mexicana y posteriormente extendió sus dominios a otros estados del país, derrotando a las tropas patriotas, sometiendo así a la joven nación en sus dominios territoriales. Estos episodios históricos se recrean en *Clemencia*.

Finalmente, gracias a la presión de los rebeldes dirigidos por el general Benito Juárez⁵ y a otros hechos históricos, Maximiliano es derrotado por los grupos opositores, y fusilado en 1867.

⁵ Benito Juárez, político mexicano, quien después de la caída de Maximiliano se encarga de establecer una reforma liberal radical progresista, y en cuyo gobierno, Altamirano se consagra a la reforma y fortalecimiento de las letras nacionales. Juárez, es considerado por muchos historiadores como uno de los principales consolidadores de la nación mexicana.

Tomando como referencia este escenario histórico, el escritor Ignacio Altamirano (1834-1893) recrea el debilitamiento de la nación mexicana, a través de un romance frustrado en *Clemencia*, una de sus obras más representativas. Este autor fue hijo de indios de raza pura, y a pesar de los prejuicios sociales de la época por su procedencia, fue privilegiado en su formación, ya que fue educado en el mundo de los letrados, desempeñándose como profesor, bibliotecario y soldado, entre otros. Su tendencia política liberal, le permitió participar activamente en la guerra declarada contra el conservador Santa Anna, además de permitirle desempeñarse en cargos públicos. Después de la caída de Maximiliano, y durante el gobierno de Benito Juárez, Altamirano se consagra a la producción y divulgación de las letras nacionales, convirtiéndose así en un destacado exponente de la ideología promulgada por la denominada “ciudad letrada”. Más tarde, y con la colaboración de otras reconocidas figuras mexicanas, funda *El correo de México*, y posteriormente *El renacimiento*, revistas literarias encargadas de reanimar las letras nacionales olvidadas, a causa de los distintos conflictos sociales y políticos vividos en el país. De igual manera, se encarga de promover y difundir la cultura propia del pueblo mexicano, haciendo de su rol de escritor un miembro reconocido en el ámbito científico y literario, pues no sólo escribió novelas, sino que también escribió artículos sobre temas científicos. Así, su contribución a las letras se da principalmente con la publicación de reconocidas novelas como *La navidad en las montañas (1871)*, *Clemencia (1869)* y *el Zarco (1888)*, siendo éstas sus obras más destacadas. Además, Altamirano es reconocido por algunos críticos literarios como el iniciador de la novela moderna en México, como ferviente exponente del movimiento literario romancista y también por ser promotor de la identidad nacional y el desprendimiento de modelos foráneos, a fin de cultivar las letras nacionales. De esta forma, su concepción de lo que debe ser la novela está vinculada a la

creación de una conciencia nacional, donde predomine el ideal del hombre mexicano como base para la fundación de la nueva nación. Dicho ideal es recreado en forma reiterativa en las obras escritas por Altamirano, dado que sus novelas tienen el tinte aleccionador que los letrados de la época buscaban impartir en la sociedad naciente. Así, Altamirano se convierte en un representante activo de la vida literaria y política del país, de la sociedad letrada, hasta 1863, año en el que ocurre su deceso, dejando un legado histórico invaluable plasmado en las letras mexicanas.

CAPITULO 2: La ciudad letrada y la ciudad real: inclusión y /o exclusión en

Manuela y Clemencia

Como se mencionó, La Ciudad Letrada y La Ciudad Real hacen referencia a un espacio común: la ciudad. Concepto permeado por la inclusión y/o exclusión en las esferas políticas, sociales y culturales de una nación en construcción, dado a través del poder otorgado a los servidores intelectuales “de pluma” o letrados, quienes son los gestores de un ideal de nación soñada por los versados de la época. Así, tomando como referente algunas investigaciones actuales sobre los estudios literarios del siglo XIX, se encuentra Mabel Moraña (1997), quien señala algunas de las rutas más importantes en las que algunos críticos han centrado sus investigaciones, siendo una de ellas y la que este trabajo en particular quiere enfatizar, la relacionada con “la función del productor cultural y sus grados y modalidades de entronización dentro de las esferas del poder” (1997, 166); en otras palabras, en el poder ejercido por los letrados, quienes a través de sus escritos crean y recrean personajes reales o ficticios, ayudados por la escritura que les da la facultad de reglamentar, organizar e imponer discursos institucionalizados desde sus posiciones, con el fin de regular y controlar a una sociedad naciente.

Así, esta ruta señalada por Moraña apoyada en Ángel Rama (para plantear la problemática en el contexto latinoamericano), lidera el camino que se recorrerá en *Manuela y Clemencia*. De esta forma se verá cómo Eugenio Díaz e Ignacio Altamirano, logran recrear un contexto social e histórico particular, siendo letrados con intereses y objetivos específicos, los cuales son revelados o quizá camuflados en sus novelas.

2.1 *Manuela*: la voz de los marginados

Manuela relata la vida de una mujer en una provincia colombiana, del interior del país; donde se retrata la situación social y política de la nación. A lo largo de esta novela, enfatiza la desigualdad de las distintas clases sociales que protagonizan los relatos narrados por Díaz. Una de sus mayores luchas es intentar construir una república imaginada que proclame una legislación justa, donde prevalezca la igualdad de derechos sin distinción de género, raza, credo o posición social. A través de la sátira⁶, Díaz muestra las diferencias existentes entre la ciudad letrada, creada por los intelectuales de la época y la ciudad real, vivenciada por los campesinos quienes estaban subyugados de manera legítima a seguir unos lineamientos formativos y reguladores impuestos por los anillos de poder establecidos.

Esta novela se divide en treinta y un capítulos, en los que predomina un foco temático anunciado desde el título de los mismos. Además, se recrea el trasfondo político del momento, a través de tres de los personajes principales del relato, quienes representan los partidos políticos de los Gólgotas, Draconianos y Conservadores, intentan crear la nación imaginada: “Bastante hemos trabajado los liberales para que no haya patronato ni concordatos, y para que la Iglesia y el estado queden separados para siempre. Que la Iglesia se avenga como pueda” (163).

De igual forma, las ideologías políticas de estos partidos se muestran de manera explícita en *Manuela*, acompañadas por descripciones ampliamente detalladas de las

⁶En este aspecto, me adhiero a Cerpa (2010) quien propone leer a *Manuela*, como una novela sobre el lenguaje de la élite, escrita con relativa independencia desde las afueras del saber académico, en el límite mismo entre ciudad letrada y ciudad real. Cerpa enfatiza en el rol de Eugenio Díaz como un mitólogo capaz de comprender, interpretar y transformar su realidad, todo esto a través de la sátira con que muestra la nefasta situación nacional.

costumbres de los campesinos, terratenientes, y mujeres de una parroquia en un pueblo de tierra caliente, de algún lugar de Colombia:

“Sí señor para que los toleren a ellos. Yo no sé qué es lo que hacen estos diablos que mandamos al congreso, cuando no han podido hacer un gobierno que sirva, en tantos años que llevamos conversando de los derechos de los ciudadanos. Con reclutamientos de gente, con expropiaciones de mulas, marranos y gallinas, y con protección de los criminales no hay derechos que valgan. Mejor gobierno yo mis marranos que los gobiernos de la república porque no les ofrezco derechos sino que les doy maíz”(233).

Por otra parte, la narración de esta historia está a cargo de un narrador omnisciente, quien cuenta de manera detallada las vivencias y pensamientos de los personajes más relevantes de la historia en *Manuela*, además se permite el derecho de opinar sobre los acontecimientos acaecidos en la parroquia, al igual que expresar sus propias convicciones políticas, y dar sus puntos de vista al respecto. “Los pueblos que no sean iluminados por la luz completa de la libertad vivirán en la miseria de los lapones que no ven la luz soberana del sol, sino a largos intervalos de tiempo” (p, 285)

Como se puede apreciar, la voz del narrador asume una posición crítica de inclusión, en beneficio de las clases menos favorecidas, abanderándose con un discurso que le ha sido otorgado en *Manuela*, por Díaz, para ser un vocero de la gente del común.

De manera magistral, el autor de la obra, conocido como un “letrado de ruana”; a través del narrador de *Manuela*, pone a dialogar a cada uno de los personajes representativos del relato, convirtiéndose cada uno de ellos en un representante de las diferentes clases sociales de una república en formación. Así, Demóstenes, Manuela, El cura, y Don Tadeo se vuelven referentes para el desarrollo contextual del romance.

De esta forma, Demóstenes, quien es un hombre letrado por excelencia, culto y refinado, se enfrenta a la realidad de la vida rural y de las clases populares, pues su creencia ciega en el cumplimiento de la legislación, le mostrará la situación social real de las clases populares.

Díaz satiriza a este personaje, mostrándole la diferencia real entre la legislación de la República de Colombia y la verdadera aplicabilidad a la hora de impartir justicia.

A pesar de ser un letrado, Demóstenes, quien fue influenciado por las culturas foráneas, entre otras, la americana y la francesa, maneja un imaginario de comunidad ideal en el que prevalece la igualdad, la justicia y la posibilidad de un futuro promisorio. Así, llega a la parroquia y de manera ingenua, espera encontrar este prototipo de ideal de nación. Esta idea de nación se ve altamente idealizada por la experiencia de Demóstenes en Estados Unidos, ya que su experiencia le permitió viajar y conocer este país, haciendo que él lo identifique como un modelo idóneo de nación a seguir: “Pero las posadas, señor cura. Hay que darles un impulso. Yo le mostraré unos planos y vistas de algunas posadas de los Estados Unidos...¿pero, qué quiere usted?...¡la República modelo..!” (p33). Para su sorpresa, este modelo sólo existió en su imaginario, pues tuvo que enfrentarse a una realidad totalmente distinta: una parroquia gobernada por un gamonal controlador, despiadado, abusador, violador e irreverente, quien haciendo uso de la letra como instrumento regulador, implantaba el orden de manera arbitraria. De igual manera encontró un espacio demasiado rural y precario, carente de los servicios básicos, y comodidades que distaban del estilo de vida del país del norte. Además, el choque de enfrentarse ante una sociedad aparentemente “civilizada”, que permitía la explotación laboral, y un régimen que atentaba contra la calidad de vida.

Manuela, quien da origen al nombre de la novela, es un icono representativo de muchos roles que le son otorgados por el autor de la obra, a saber: representante de los jóvenes, de un rol participativo de la mujer en una sociedad machista, en la cual el espacio de la mujer estaba vetado en ciertas instancias, y quien en su lado humano es protagonista

de un romance frustrado en el que se ponen en juego valores como la valentía, la lealtad, la pureza y el derecho a la palabra, entre otros.

Así, Manuela es la representación del pueblo que lucha por la igualdad de los moradores de un pequeño lugar, la parroquia. Gracias a su cercana relación con Demóstenes, quien se hospeda en su casa, tiene la oportunidad de cuestionar a un letrado, sin serlo, precisamente ella. A pesar de no ser una mujer versada, tiene una inteligencia social y emocional sorprendente, la cual le permite cuestionar y criticar el sistema social y político del momento, convirtiéndose en una fiel exponente de la voz del pueblo, rompiendo los paradigmas de poder tradicionales impuestos por una sociedad naciente. “Y todo esto a doce o catorce leguas de la capital de la república y todo esto cuando los pueblos han comprado con su dinero y su sangre una constitución para vivir sosegados y respetados!” (p,166).

Al ser expuesta a todos los vejámenes de una sociedad inculta e injusta, Manuela, y por ende su compañero de romance, sufren la persecución y difamación del gamonal de la parroquia quien los destierra y los somete a los tratos más injustos, predominado la impunidad. Como se puede apreciar, Díaz logra representar las necesidades, las carencias, y los ideales de una sociedad marginal, excluida de la construcción de la una república naciente.

Por otra parte, aparece en el relato un personaje de alta conciencia social, quien representa el clero, ejerciendo un rol político activo como digno activista del partido conservador. El cura, cuyo servicio lo presta en la parroquia del pueblo, confortando a un pueblo devoto y fiel al catolicismo; éste es un hombre versado, educado y prudente, quien

encuentra en Demóstenes a un parroquiano con quien conversar e intercambiar puntos de vista sobre sus ideas políticas, pero sobre todo alguien con quien confrontar sus ideas reguladoras y aleccionadoras, con un tinte político como fondo. Así, de manera explícita manifiesta su inconformidad frente el liberalismo desmesurado que profesan los Gólgotas representados en Demóstenes. A su vez, el cura ridiculiza a Demóstenes en algunas de sus ingenuas apreciaciones sobre las verdaderas necesidades de la nación. “¿No será mejor denunciar a la vergüenza pública a nuestros legisladores, a los tribunales, a los jefes de escuelas sociales, a nuestros políticos en general, por tener el país en postración, a pesar de las loas de progreso, estando pisando los metales preciosos, y tantas fuentes de riqueza, y llevando ya cuarenta años de libertad?” (216).

Como conocedor de los secretos y sufrimientos del pueblo, el cura ejerce su rol de sacerdote, y en alguna medida de salvador de sus feligreses, ejerciendo el poder de la palabra y la denuncia pública en favor de las clases marginadas campesinas, así a través de este personaje en *Manuela* se crea un espacio para escuchar la voz del pueblo.

Por otro lado, Don Tadeo representa al gamonal del pueblo, quien controla la parroquia utilizando el poder y la ayuda de algunos funcionarios públicos para utilizar las leyes a su favor. Es un liberal draconiano, quien comenzó siendo un peón, subyugado al orden establecido, y quien través de los años se fue abriendo paso dentro de la ciudad letrada, participando como escribiente de documentos públicos, particularmente en la legislatura del pueblo, lo cual, poco a poco le otorga el poder de manejar la letra de manera oficial, en pro de sus propios intereses. De esta manera, Don Tadeo se apodera de manera ilegal de las propiedades de los campesinos, abusando de manera irracional de la mano de obra a su servicio, y como si fuera poco, logra ejercer su autoridad y regir los destinos de la

parroquia. Este personaje representa al ser humano irracional que se rinde ante el deseo, acosando psicológica y sexualmente a las mujeres de la parroquia, quienes por temor terminan cediendo ante dicha persecución; otras son hostigadas al no ceder a sus deseos, siendo este el caso de Manuela, quien hace valer sus derechos, y como en consecuencia es perseguida, desterrada y asesinada de manera premeditada. “Pues así hay muchas parroquias, don Demóstenes; porque no falta un gamonal despiadado, que se aproveche de la ignorancia y de la indiferencia y tal vez de las divisiones del pueblo, para apoderarse de todo el gobierno y de todos los intereses” (169).

No es gratuita la forma en que Díaz ironiza algunos de los acontecimientos ocurridos en la parroquia, pues de dicha manera muestra la inapropiada forma de usar la letra por las élites. Don Tadeo es un hombre “letrado” que no hace honor a su condición, dado que éste hace del poder de la escritura, la herramienta controladora, manipuladora y tirana para gobernar la parroquia, lo cual va en contra de un ideal de nación. En un dialogo entre Tadeo y sus seguidores, expresa cómo gobernará la parroquia:

Lo tengo muy pensado. Me meto a ermitaño y gobierno la parroquia desde los montes. Cuento con el auxilio de usted y del hermano Anastasio, de la señora Sinfonaria y de don Pacualito; eso sí que nadie más lo sepa. Mañana va usted y me trae a Cecilia y la *Recopilación granadina*, y me le dice al juez 2º que si no la va conmigo, le rebullo la causa que tiene pendiente, y que se lo llevan los diablos. Tráigame papel común y sellado, tinta, plumas y una navaja. Y no hay que andar con lástimas con nadie, ni hay que pararse en pelillos para nada, que arda una que otra ramada, que se marche al infierno uno que otro de los que nos hacen estorbo, que se largue el cura Jiménez a rezar novenas a Bogotá; nada nos detenga de nuestros proyectos. Aprovechemos la anarquía general de la república, mientras viene el día en que sea gobernada por leyes fuertes (410)

Como se puede evidenciar en la voz de Don Tadeo, su pluma ha de seguir controlando la vida de los pobladores de la parroquia. Considero que Díaz, de forma magistral muestra cómo el uso de la letra puede ser manipulado en favor de intereses propios que son validados por la ciudad escrituraria. ¿Cómo garantiza la nación la

escogencia de letrados honorables que luchen en beneficio del pueblo? ¿Acaso los letrados que están al mano del poder, creando y aplicando las leyes son los más idóneos para hacerlo? Para Díaz, el desconocimiento de la ciudad real por parte de la élite estaba llevando al fracaso de la construcción del nuevo país⁷. En su relato, dos de los personajes principales considerados letrados, no son el modelo ideal a seguir; por un lado Don Tadeo es el tirano que controla el pueblo a través del conocimiento que le da el uso de la pluma, mientras que Demóstenes es un letrado que no ha “vivido” la ciudad real, prueba de ello es la reflexión que hace el cura Jiménez al despedir a Demóstenes de la parroquia.

Mis órdenes como usted las llama, o mi súplica como yo la llamaré es muy sencilla. Usted ha hecho en la parroquia un estudio más provechoso que el que hizo en los Estados Unidos. Allá vio usted cómo es un pueblo. Allá vio usted qué civilización se debe imitar; pero aquí ha visto qué vicios hay que corregir. Estoy seguro de que si va usted al congreso, no se acordará de legislar, de lo que vio allá, sino de lo que existe aquí. Mi súplica, pues, consiste en que no se olvide usted de la vida de la parroquia...(432).

De esta forma, Díaz evidencia la incapacidad de los gobernantes de la República de legislar en favor del pueblo, pues su interés por aplicar modelos extranjeros a un país heterogéneo, hace que el proyecto de nación fracase. Así, aunque Anderson afirma que la nación se imagina como comunidad porque a pesar de la heterogeneidad y desigualdad, se entiende como un compañerismo profundo; es evidente que en el caso de Colombia la heterogeneidad y desigualdad son silenciadas o acalladas (y posiblemente ignoradas) por la élite, causando un efecto contraproducente, ya que antes que fomentar la tolerancia y el compañerismo entre los pobladores, generan una gran división social que redundo en

⁷ En este aspecto, es pertinente el planteamiento hecho por Escobar (2002), quien evidencia cómo Díaz en *Manuela*, acierta al plantear la problemática que impide la consolidación del estado-nación a nivel, social, político y económico, confirmándolo con el panorama de desintegración, fragmentación y desinstitucionalización nacional de la época.

maltrato, tiranía y pobreza. Lo anterior se puede evidenciar en los diálogos entre campesinos:

Se hacen los caritativos con los pobres, decía el hombre, pero lo cierto es que los calzados nos quieren tener por debajo a los descalzos siendo los descalzos los que componemos la mayor parte de la República [...] No hay más igualdad que el garrote y no dejarse chicotear ni de los ricos, ni de las autoridades, ni de nadie, como lo hago yo; esa es la verdadera igualdad [...] Yo no sé cómo será la igualdad, mientras que los ciudadanos estemos repartidos en la clase de los descalzos y la clase de los calzados (107).

De esta manera, en la República en construcción y en la nación imaginada, se presenta una fractura por la exclusión de la clase social popular, que irónicamente es la mayoría de pobladores del país. Además de lo anterior, Díaz satiriza la celebración del día de la independencia colombiana, dado que el desenlace de la historia sucede el 20 de julio de 1856: “A pesar de todos los esfuerzos, no se salvaron de la casa sino las piezas de un tramo interior. La luz del 20 de julio iluminó el teatro del más espantoso drama” (444). Así, el matrimonio de Manuela y Dámaso, el cual se realizó el día de la independencia, se ve sabotado por un incendio que le causa la muerte a Manuela. Este hecho podría interpretarse como una advertencia que el autor hace, dado que a pesar de haberse declarado la independencia de España unos años atrás, los hechos acontecidos en la parroquia demuestran como La República todavía está a merced de tiranos que gobiernan el país.

Por otra parte, podría decirse que la inclusión y/o exclusión en *Manuela*, se manifiesta permanentemente a lo largo de la novela, haciendo que los personajes dialoguen, se cuestionen, opinen y asuman una posición crítica frente al paradigma social y político del momento histórico que se vive a mediados del siglo XIX en Colombia; tal como se muestra en el siguiente diálogo entre Manuela y Demóstenes, a propósito de la igualdad de derechos:

- Eso tampoco se conviene muy bien con la igualdad que usted nos habla; pues querría decir que a nosotras se nos debe tratar poco más o menos, y usted nos ha dicho que todos somos iguales.
- ¡Ah! Pero era porque estábamos hablando de la igualdad de derechos, me parece.
- ¿Entonces no hay más igualdad que esa igualdad de derechos que usted dice?
- Pues sí hay: la igualdad social pero tiene sus excepciones.
- ¿Igualdad y excepciones? ¡está muy bueno!
- Es que una cosa es con guitarra....
- Entonces diga usted que una cosa es cacarear y otra poner el huevo; una cosa es hablar de igualdad y otra sujetarse a ella. (p, 93)

De igual manera, a través de los diálogos entre los personajes, Díaz logra darle un tinte autobiográfico a la exclusión a la cual estaba siendo sometido por la sociedad letrada, quien en su calidad de digna representante de una sociedad tradicional se refería a una clase de menor categoría en cabeza de él como “los letrados de ruana”. Así, Díaz se ubica dentro la reflexividad que Castro-Gómez denomina *hermenéutica* “Aquí, la auto-observación no viene impulsada por imperativos de orden sistémico, sino por la experiencia dolorosa de la exclusión”, dado que como ya se mencionó, Eugenio Díaz perteneció a una clase de letrados de “ruana”, ya que, su propia experiencia en áreas rurales del país le da la facultad y el conocimiento para criticar las carencias que se viven en la Ciudad real. Dentro de este contexto, es que la letra se utiliza de manera transgresora, pues el escritor se “desdobla” para observar el grupo social en el que se desenvuelve, y develar los límites de la comunidad imaginada desde las urbes.

Lo anterior lleva a cuestionar: ¿cuál es el imaginario nacional de los grupos marginales?, la obra de Díaz, a mi parecer, a través de los personajes del pueblo, y especialmente de la voz de una mujer, Manuela, reclama por la inclusión de las clases menos favorecidas en una nación que tenga como lema la participación y sobre todo la igualdad en el tratamiento y aplicación de los derechos de los ciudadanos. A lo largo del relato, Manuela, representante del pueblo y Demóstenes, hombre letrado sostienen conversaciones en las que ella de manera simple y clara, cuestiona los principios legislativos establecidos por la sociedad, los

cuales son relativizados por Demóstenes. Lo anterior da una idea del conocimiento que tiene Manuela⁸, pero sobre todo de la claridad que ella como “marginal” tiene de lo que es y debe ser la República.

- Señor don Demóstenes, ¿en cuál se quedó pensando, en la catira de Bogotá, o en la pelinegra del trapiche del Retiro?
- ¿Por qué me lo preguntas? contestó el caballero, como sorprendido.
- Porque ya va para media hora que ni los mosquitos lo hacen mover; y que hoy es cuando se les ha metido picar sin lástima.
- No es sino que la hamaca me tiene encantado.
- Y ahí verá que no debía quererle porque usted es liberal.
- ¿Y qué pitos toca la libertad con la hamaca?
- ¿Luego, no sabe usted que la hamaca es el puro centralismo, estando en la mitad de la sala como la suya, haciendo estorbo a los que pasan?
- ¡Vaya una ocurrencia! dijo don Demóstenes, mirando a Manuela y riéndose de su sencillez.
- Pero como no es eso sólo, dijo la casera, sin cesar de mover la plancha por encima de una levita blanca de su huésped.
- ¿Y qué otra cosa es?
- Que usted echa a pasear la igualdad cuando se apodera de la hamaca en esta casa o en la de mi prima.
- ¿La igualdad?
- Sí señor, la igualdad; porque todos los demás estamos fregados en los poyos o los escaños, mientras que usted se está meciendo en la visita, acostado muchas ocasiones, y ya usted ve que eso no se puede llamar igualdad. Y si entran señoras a ese tiempo, yo no sé cómo se entienda usted con ellas (92).

Las reflexiones hechas por Manuela, a lo largo del relato, permiten que este personaje se vea desde la exclusión, pues sus observaciones sobre la construcción de la comunidad y la nación de la cual no hace parte activa, le permiten abogar por un orden jurídico, social y político desde su propia voz. De esta forma, la obra de Díaz, plantea desde sí misma una comunidad imaginada en la que las voces marginadas hablen desde su propio sentir y vivir.

Así, la ciudad letrada y la ciudad real son un referente de las pretensiones ideales de una nación emergente, que al ser representada en *Manuela*, muestra una sociedad decadente,

⁸ Lucia Camargo (2004), establece una nueva categoría de análisis de los discursos marginales (dentro de las propuestas por Castro-Gómez), relacionada con el discurso oral, el cual es representado por el personaje de Manuela (entre otros) y a la cual ella denomina reflexividad-oral. Esta categoría es pertinente para este trabajo, ya que los personajes que podrían catalogarse como marginados, tienen una voz propia, y como lo asegura Camargo, la novela va un paso más allá de muchas de las obras del XIX.

con las falencias y fortalezas propias de los habitantes de una región marginal, suburbana; mostrada de manera ficticia, como una sociedad naciente pensada e incluyente, regulada y soñada por los legisladores y gobernantes de turno, a quienes aparentemente les interesa la formación y reestructuración, de la nueva república, en pro del mejoramiento de la calidad de vida de los conciudadanos; aunque, la realidad de fondo sea una lucha premeditada por el manejo del poder y donde priman los intereses particulares antes que los colectivos. Es así, como Díaz, a través de *Manuela*, logra sentar su posición, y de igual manera advertir sobre las consecuencias nefastas de la exclusión del sistema social de las clases menos favorecidas, quienes, según él, son pilares imprescindibles en la construcción de la justicia, la reivindicación, y una sociedad más ecuánime e incluyente.

2.2 Clemencia: la voz acallada de las clases marginadas

Clemencia se conoce como una novela que recrea el infortunado romance de dos mexicanos con alto sentido de identidad nacional, quienes se desenvuelven como personajes simbólicos e históricos en un momento crucial para la construcción y consolidación de su país, teniendo como escenario la invasión francesa a México. Así, la estructura narrativa de esta novela se divide en treinta y siete capítulos no muy extensos, donde predomina un foco temático anunciado desde el título de los mismos. Por otra parte, en la historia de la novela se recrea el trasfondo político del momento, a través de una narración detallada de algunos encuentros entre las tropas de los ejércitos mexicanos y los ejércitos franceses, permeada y adornada con una vivaz descripción de lugares rurales y urbanos por donde transita la tropa patriota.

La trama de este romance está a cargo de un narrador omnisciente, quien cuenta de manera detallada el rol que ejercen los cuatro personajes protagónicos: Fernando del Valle, Enrique Flores, Clemencia e Isabel. Dicho narrador se identifica como el Doctor L, con el fin de ocultar su identidad, y así reafirmar la verosimilitud de los hechos relatados en la novela. De manera inconsciente, este personaje permite que el lector lo identifique como un militar activo en el Cuerpo Médico del ejército mexicano, una persona culta, con consciencia global; a veces desilusionado de la vida pero con ideales nobles tal como lo describe Rama: “Es un literato instruido y amable, un hombre de mundo, algo desencantado de la vida pero lleno de sentimiento y de nobles y elevadas ideas” (2001, 10). De esta forma, el Doctor L representa el modelo ideal e idóneo de hombre culto, refinado e instruido que forma parte de la élite y de la sociedad mexicana letrada. Cabe resaltar un artificio usado por Altamirano, quien a través de la voz del narrador, incluye en el relato dos citas de dos cuentos de Hoffman⁹ “El corazón de Agatha y La cadena de los destinados”, las cuales son la excusa que da cuenta de la historia de Fernando y Clemencia. La alusión a este escritor muestra parte de la tradición romántica en la que se inscribe Altamirano y con la que posiblemente quiera darle validez a su novela.

Esta validez, también se enfatiza desde la posición de hombre de mundo del narrador, el Doctor L, relata una historia de la que fue testigo presencial, describiendo detalles de lugares, personajes y hechos históricos que permearon la historia de *Clemencia*; legitimando así su autoridad para presentar, describir y juzgar a Enrique Flores, Fernando del Valle, Clemencia e Isabel.

⁹Al respecto Figueroa, (2006) afirma que estas alusiones a la obra de Hoffmann se constituyen en símbolos que constituyen la tradición romántica en la que se inscribe Altamirano, además de anunciar y dividir el relato en dos núcleos temáticos que articulan la novela.

Enrique Flores es el primer personaje caracterizado por el doctor L, él es un comandante del ejército mexicano, agradable, encantador, elegante y distinguido. En palabras del Doctor L: “Joven perteneciente a una familia de magnífica posición, gallardo, buen mozo, de maneras distinguidas” (2001, 13). Con una posición privilegiada dentro de las tropas patriotas, quien se perfila como uno de los comandantes con futuro promisorio dentro de la cúpula militar mexicana. Este comandante es descrito como un hombre rubio de ojos azules, fiel representante del prototipo ideal de hombre extranjero que está en el imaginario de la naciente sociedad mexicana, es decir, es el complemento perfecto de un dandy seductor.

Por otro lado, el narrador describe al joven comandante Fernando del Valle, a quien desdeña y muestra como un ser desagradable tanto en su trato humano como en su apariencia física: “Valle era un muchacho de veinticinco años como Flores, pero de cuerpo raquítrico y endeble; moreno, pero tampoco de ese moreno agradable a los españoles, ni de ese moreno oscuro de los mestizos, sino de ese color pálido y enfermizo que revela una enfermedad crónica o costumbres desordenadas” (2001,16). Podría pensarse que la contraposición física (rubio/moreno) y del carácter (agradable/desagradable) descrita entre Enrique Flores y Fernando del Valle, identifica la clase de ciudadanos que representan el ideal del hombre mexicano de la época, otorgándole a Enrique (el rubio) el modelo de héroe de la patria y a Fernando (el moreno) el representante del perfil popular de la clase mestiza mexicana.

De igual forma, los personajes femeninos de la novela, representados en Clemencia e Isabel se muestran de manera contrapuesta tomando como referente su belleza y carácter: “La una era blanca y rubia como una inglesa. La otra morena y pálida como una

española.”(2001, 35). Isabel es el prototipo ideal europeo de la mujer rubia, destacada socialmente por sus rasgos físicos e intelectuales, independientemente de que posea un carácter débil marcado por su falta de gallardía para defender sus intereses personales, y por ende, el de la sociedad burguesa que representa, siendo heredera del legado de una familia muy distinguida de la sociedad de Guadalajara. Por otro lado, Clemencia, quien está en el mismo nivel social que Isabel, es descrita como una mujer morena, digna representante de la raza mestiza mexicana con rasgos físicos e intelectuales bien marcados, los cuales le permiten ejercer un rol activo dentro de una sociedad naciente, haciendo de ella un referente que permite aleccionar a la nación en un momento histórico específico.

Como se observa, esta breve caracterización de los personajes de la novela sitúa la narración en medio de una clase aristócrata perteneciente a la ciudad letrada. Así, Clemencia e Isabel sienten una atracción especial por el comandante Enrique quien inicialmente se rinde ante los encantos de Isabel; mientras que Clemencia logra cautivar a Fernando haciéndole creer que está interesada en él, con la premeditada intención de causarle un cruel desengaño al revelar sus verdaderos sentimientos hacia Enrique. La revelación de este romance causa un profundo desencanto en Isabel y Fernando, quienes asumen roles distintos en su cotidianidad. Fernando continua luchando con el ejército patriota, descubriendo que Enrique es un traidor de la patria; motivo por el cual es condenado al fusilamiento. Clemencia al enterarse de este hecho inculpa a Fernando, quien en un acto de amor, desesperación y lealtad por la felicidad de su amada Clemencia, asume el lugar de Enrique para ser fusilado. Con la complicidad de Fernando, Enrique escapa y confiesa su traición a la patria, a ella y a sus carentes principios morales. Clemencia, por su parte, reconoce el grave error en el que incurrió en medio de su ceguera amorosa,

arrepintiéndose de la injusticia moral que cometió con Fernando e intenta cambiar el rumbo de esta historia utilizando el dinero de su padre para salvarle la vida. Cumpliendo así con una cuota moral al reconocer el error de rendirse ante la belleza física de Enrique y rechazar la honestidad de Fernando. Así, Enrique sale victorioso; mientras que ella decide reivindicarse ante la sociedad mexicana, expiando sus culpas en un convento.

Cabe recordar que La Ciudad Letrada, según Rama, estaba compuesta por servidores intelectuales quienes utilizaban la pluma para ejercer funciones de poder; representada por políticos, educadores y religiosos, entre otros. En *Clemencia*, este anillo de poder se ve representado en las familias prestantes, en servidores públicos como el Doctor L, en los comandantes Enrique Flores y Fernando del Valle, y en los personajes femeninos socialmente reconocidos como Isabel y Clemencia.

Siendo consciente de su función de letrado, Ignacio Manuel Altamirano asume un rol activo para legitimar a través de *Clemencia*, la representación de la ciudad letrada reflexionando y adoctrinando al pueblo mexicano: “ la categoría de la ciudad letrada se refiere a un tipo de pragmática social en donde el conocimiento deviene condición de posibilidad de la representación, mientras que la categoría “letrado” alude, más bien, al tipo de subjetividad que reflexiona desde o en contraposición a esas estructuras del saber” (Castro-Gómez ,1997, 125). Así, en el caso de Altamirano, su reflexión se da desde las estructuras del saber, al igual que desde su posición de hombre de letras dentro de un grupo aristocrático en la sociedad mexicana. La novela *Clemencia* se centra en la clase social pudiente, educada y prestigiosa de la sociedad de Guadalajara ya que incluso, a pesar de sus rasgos mestizos, Fernando del Valle pertenece a una familia prestante: “Todos los personajes de *Clemencia* pertenecen a la clase aristocrática, de la cual surge el idealismo y

la ingenuidad, la avaricia por el poder y el culto por lo extranjero, así como el egoísmo y la inseguridad personal” (Cortázar, 2006, 90). Esta representación es evidente en *Clemencia* en donde todo gira dentro de este contexto de hombres letrados que han tenido acceso a educación e instrucción extranjeras, poseen comodidades e imitan comportamientos foráneos evidenciados en la decoración y celebraciones hechas en la casa de *Clemencia*.

Es así, como además de la clase burguesa, los militares que luchan junto al ejército patriota también son permeados por la letra, dado que la tropa también pertenece a una clase privilegiada “educados, elegantes y amables” hecho que resalta el narrador a lo largo de su relato.

Dentro de los grupos sociales mencionados, la única diferencia resaltada en el texto se refiere al color de piel de los dos protagonistas de la historia que representan la raza mexicana mestiza. Pero ¿es posible construir una nación solamente con la clase alta y los mestizos de buena procedencia? ¿Acaso las voces indígenas no son parte vital de la nueva nación?. En efecto, para Altamirano lo fue, ya que en *Clemencia* él construye un modelo ideal de sociedad anulando el reconocimiento abierto de sus orígenes, a fin de mostrar al lector una versión mejorada y purificada de la raza; tal como lo deja ver en su definición de novela: “un género literario de rango superior (que) aunque revestido con galas de fantasía es necesario apartar sus disfraces y buscar en el fondo de ella el hecho histórico, el estudio moral, la doctrina política, el estudio social la predicación de un partido o de una secta religiosa: en fin una intención filosófica y trascendental en las sociedades modernas” (Arguedas 199)

Por otro lado, *Clemencia* permite hacer una lectura distante con una particularidad evidente, y es silenciar las voces indígenas de manera intencional para lograr un modelo progresista e ideal de nación, advirtiendo el gran error de la sociedad mexicana de la época, la cual se ha dejado contagiar por la admiración por lo foráneo, el materialismo y el desdén por lo nacional; reflejado en los valores, la belleza representada por la raza mestiza y la riqueza del territorio nacional. “Sea como fuere, nosotros advertiremos, y esto es muy perceptible que a medida que nuestro pueblo va contagiándose con las costumbres extranjeras, el culto del sentimiento disminuye, la adoración del interés aumenta, y los grandes rasgos del corazón, que en otro tiempo eran frecuentes, hoy parecen prodigiosos cuando los vemos una que otra vez” (28).

Según Altamirano, la verdadera patria está en los mexicanos y en la unión de ellos mismos para devolverle al país su valor y así reivindicarse con una deuda histórica de carácter patriótica. Así, Clemencia y Fernando representan tanto físicamente como en su carácter la clase de mexicanos patriotas ideales para fundar la nueva nación; por tanto el héroe es representado por una clase mestiza que está dispuesta a dar su vida por la patria, en contraposición a Enrique, el traidor que a pesar de su belleza exterior no posee ningún atributo digno de los mexicanos de la época.

De igual forma, es interesante la contraposición establecida entre los personajes femeninos en la novela, Isabel y Clemencia, quienes a pesar de sus marcados atributos de talento, inteligencia y belleza física, logran plasmar una enorme diferencia en términos de valores, predominando la bondad y el arrepentimiento alcanzado por Clemencia, quien en un acto de humildad reconoce su descomunal equivocación. Mientras que Isabel, es un

símbolo de la debilidad femenina, quien se rinde ante las circunstancias, escondiéndose en las lágrimas y la resignación.

Y es así, como se deduce que el proyecto de construcción de la nación, según Altamirano, está enfocado en dos aspectos: la construcción de una comunidad imaginada desde lo mejor de la raza mexicana, y para los mexicanos (silenciando las voces indígenas); al igual que el progreso económico, político y social del país a la luz del liberalismo. El progreso, lema del partido liberal, en el que se inscribe el autor, se muestra en las descripciones que éste hace de las ciudades especialmente del estado de Jalisco y de Guadalajara: “ la bella capital de Jalisco, con sus soberbias y blancas torres y cúpulas, y sus elegantes edificios que brillan entre el fondo verde oscuro de sus dilatados jardines” (23). La detallada narración sobre las ciudades mexicanas y los paisajes que las rodean, reafirma la posición del autor, al exaltar la belleza de las ciudades de su país, mientras invita a sus lectores a reconocer las riquezas de su patria “Perdonen mi afición de escribir y no la juzguen tan censurable mientras que ella sirva para dar a conocer las bellezas de la patria, tan ignoradas todavía” (25).

El proyecto de nación inspirado por Altamirano a través de su novela sugiere un progreso de sus gentes y de su economía desde sus propios recursos, de ahí que su nacionalismo invite a cultivar el sentimiento por el país buscando a la vez enorgullecerse ante lo propio, ante las riquezas de la tierra mexicana que se dan, no sólo en lugares, sino en la calidez de sus gentes, la valentía de sus hombres y la belleza física e interior de sus mujeres, que son los cimientos para construir la nación imaginada por Altamirano.

Por otro lado, la invitación del escritor a volver los ojos a su patria es a la vez una advertencia de las consecuencias que tiene el exceso de libertad y endiosamiento de lo extranjero:

Sea como fuere, nosotros advertimos, y esto es muy perceptible que a medida que nuestro pueblo va contagiándose con las costumbres extranjeras, el culto del sentimiento disminuye, la adoración del interés aumenta, y los grandes rasgos del corazón que en otro tiempo eran frecuentes, hoy parecen prodigiosos cuando los vemos una que otra vez (28).

El llamado que Altamirano hace a su pueblo a no dejarse impresionar por lo foráneo también es la solución para crear una nueva comunidad. Además de lo mencionado, el escritor insta a los mexicanos a olvidar sus conflictos internos para así, unidos como una comunidad retomar las riendas del país, ordenar el caos, las diferencias de sus gentes y trabajar en pro del desarrollo de una economía propia. Para este propósito, Altamirano cree que la base desde la cual se puede construir la república debe estar formada por hombres patriotas, trabajadores y leales, quienes en su relato están representados por Fernando: el héroe del pueblo.

Por otro lado, Altamirano resalta como el enemigo de este proyecto está personificado en hombres como el comandante Enrique Flores, quien traiciona a la patria uniéndose al ejército mexicano, en busca de riqueza, poder y gloria personal, sacrificando a los verdaderos héroes nacionales. Su constante llamado a concentrarse en la construcción de la nación mexicana es una advertencia a no juzgar a la raza mestiza por su apariencia. Así, Isabel da su opinión sobre Fernando: “Su falta de desenvolvimiento en sociedad lo hace parecer un campesino, con lo cual se asevera la falta de clase de estas personas”. De esta manera, Isabel (al igual que Altamirano) se observa a sí misma como parte de la ciudad letrada, de la clase dirigente y establece ciertas diferencias sociales e intelectuales, frente a

otros sujetos, en este caso los campesinos. Es decir, ella también se piensa desde la estructura que conforma el sistema y que limita la pertenencia o no al mismo.

Como es evidente, las voces de los campesinos son silenciadas en la novela; los criados, indígenas puros (que no se han educado en la sociedad letrada) y campesinos no tienen una voz propia dentro del relato de Altamirano. Este escritor se representa a sí mismo y a su grupo social y político, a través de la letra, haciendo uso de su condición devenida de su posición privilegiada dentro de la sociedad mexicana, para reflexionar sobre su objeto de conocimiento: La Ciudad Letrada. Así, la afirmación hecha por Castro-Gómez: “El sujeto de la reflexión y el objeto del conocimiento tienen una génesis propia” (127), se evidencia en Altamirano, dado que este autor habla desde su clase de hombre letrado, la cual le da conocimiento de lo que sucede en ella, sin embargo cabe preguntarse: ¿cuál es el ideal de nación de los marginados o silenciados en la sociedad mexicana?; podría decirse que la inclusión y/o exclusión en *Clemencia*, se manifiesta permanentemente a lo largo de la novela, privilegiando a la primera y silenciando (excluyendo) a una parte de la sociedad que no es tomada en cuenta y de la cual no se conoce su visión de mundo. De esta manera, la creación de una comunidad mexicana imaginada por los excluidos no es expuesta en la obra de Altamirano, su novela expresa el sentir de un letrado y es escrita para la sociedad letrada.

2.3 *Manuela y Clemencia*: Romances Fundacionales Alegóricos

En Manuela

Como se mencionó en el capítulo I, Sommer (2004), propone que la nación y el romance están ligados a través de las novelas que escribían quienes querían aleccionar o preparar un proyecto de fundación nacional en los países latinoamericanos: “En las fisuras epistemológicas que la historia deja expuesta, los narradores podían proyectar un futuro ideal” (2004, 24). Lo anterior es evidente en *Manuela y Clemencia*, donde a través de un romance ficcional y frustrado, sus autores logran hacer una alegoría entre el amor erótico y el amor patriótico, para criticar así los sistemas políticos, sociales y culturales de las nacientes sociedades latinoamericanas, en este caso particular Colombia y México, como una muestra del momento histórico que estaba viviendo Latinoamérica en general. Es así como los dos autores, logran sugerir un recorrido social y político, partiendo desde sur américa, tomando modelos “prestados” del país de Estados Unidos, e incluso sugiriendo modelos europeos. Aunque explícitamente, cada uno de ellos desarrolla una trama local en Colombia y México respectivamente, los espacios sugeridos como telón de fondo en *Manuela y Clemencia*, tienen un referente latinoamericano dado que las dos describen estilos de vida costumbristas, aluden a contextos geográficos rurales y urbanos específicos y similares, que el lector de cualquiera de estas dos novelas podría enlazar desde un concepto global haciendo referencia a Latinoamérica en general.

De esta manera, la relación entre nación y romance, es complementada por Fernando Unzueta (1996)¹⁰, pues éste muestra como la historia y la literatura del siglo XIX están

¹⁰ Fernando Unzueta en *La imaginación histórica y el romance nacional en Hispanoamérica* (1996) afirma que la historia y la ficción son las grandes modalidades narrativas mediante el hombre entiende y

entrelazadas para construir la nación, la cual se piensa desde el modelo liberal, se imagina a través de la literatura y ésta a su vez se vuelve historia nacional.

A través de sus personajes, los dos autores intentan advertir las falencias de un sistema político y social aparentemente particular, pero con un fondo de impacto latinoamericano con influencia global. Enalteciendo las bondades de preservar las raíces y el valor local de cada uno de los países respectivamente, dando un valor destacado y prioritario a los modelos sociales locales; antes que a los modelos foráneos. En *Manuela*, Demóstenes es quien aboga por la adaptación del modelo Americano a la naciente República: “- ¡Qué libertad, ni qué pan caliente! Esto no es uso de la santa libertad, sino una cosa que en los Estados Unidos, la república modelo, tiene por recompensa una celdita en la penitenciaría” (428), su precario conocimiento de las estructuras gubernamentales y sociales de su propia nación, le hacen pensar que la comunidad imaginada debe ser la imitación del modelo americano. Por otro lado, Altamirano, en *Clemencia* insiste en la creación de un modelo de nación desde las raíces de la patria, a través de sus mujeres, su idiosincrasia, su riqueza y su sentir, de ahí, su constante llamado a reencontrar los caminos de la patria:

En Jalisco hay, como en todos los Estados de la República, provincialismo; pero no es ese provincialismo celoso y estúpido que cierra al extraño las puertas, y que le ve como a un animal feroz o como al gafo de la Edad Media; sino ese sentimiento apasionado hacia todo lo que pertenece a la tierra natal y que, sin ser exclusivista, procura embellecer lo propio a los ojos del extraño. (269)

De esta manera, los hechos históricos contados dentro del romance de cada una de estas novelas buscan la concientización de los pobladores de los territorios latinoamericanos, a fin de crear una nueva etapa participativa, menos excluyente, heterogénea, y donde a pesar

explica sus experiencias. Para Unzueta, el romance se convierte en el género más importante de la época en el cual confluyen los discursos que construirán la idea de nación y comunidad imaginada.

de las distintas brechas sociales, se puede evitar marcar una ruptura entre los distintos agentes sociales.

Por otra parte, y dado que los romances ficcionales, como lo plantean algunos críticos, proponen o evidencian (en algunos casos advierten) una ideología y un proyecto nacional que dé respuestas a las desavenencias sociales y políticas de una nación, Díaz y Altamirano lo hacen evidente a través de sus personajes y de los romances donde alegorizan la nación. En el caso de *Manuela*, se recrea un romance entre ella y Dámaso, romance obstaculizado por la tiranía de Don Tadeo; Dámaso es desterrado de la parroquia debido a su relación con Manuela, quien a su vez es perseguida por Don Tadeo para satisfacer sus deseos: “Sería una crueldad quererla apartar de mi cariño, cuando estoy desterrado y pasando trabajos que sólo Dios sabe, por querer casar con ella. “¡Y que la quiero como a las niñas de mis ojos, señor de mi alma” (174). Así, el hostigamiento al que se ven sometidos por causa de la tiranía, los lleva a vivir un romance en la distancia y obstaculizado por el poder de un letrado que usa la ley para lograr sus objetivos, en este caso el sometimiento de Manuela. Díaz, por medio de su relato, critica la injusticia que la autoridad pretende cometer con Manuela, al entregarla a Tadeo, debido a las pruebas falsas que él presenta para sacarla de la cárcel y tenerla bajo su custodia.

- Es el enemigo que me perseguía en la parroquia, señor juez; es el gamonal más depravado y más infame. Los documentos que haya presentado son falsificados por su propia mano, porque él sabe falsificar todas las cosas de los juzgados. Cuando me vine de mi parroquia quedaba triunfante de las autoridades; cuando yo venía por el camino pasó huyendo porque se le había vuelto el Cristo de espaldas, y ahora pretende apoderarse de mí, lo que no había logrado con ofertas, ni con amenazas, ni con leyes del cabildo, ni con perseguirme últimamente con los comisarios y los policías. Yo vengo huyendo desde mi tierra por escaparme del poder de este tirano, y ¿tendrán valor los señores jueces para entregarme en sus manos? (279).

El cuestionamiento de Manuela, el personaje, reitera la ilegitimidad del uso de la pluma por parte del gamonal del pueblo, siendo ésta la manera en que Díaz sigue

cuestionando la capacidad de la ciudad letrada de trastocar la realidad en favor de unos pocos. Así, el romance de Manuela y Dámaso se verá interrumpido por Don Tadeo. Es decir, la unión del estado que se representa en estos jóvenes se ve obstaculizada por la tiranía. ¿Es acaso este romance una advertencia de lo que le espera a la nación si no corrige sus errores?, se puede intuir que los inconvenientes que ocurren entre los amantes reflejan parte de las limitaciones que ocurren en el país.

Después de superar las dificultades impuestas por Don Tadeo, ¿Qué obstáculo queda para la heroína de este relato?, el romance termina de una manera trágica con la muerte de Manuela en brazos de su esposo (ceremonia que se realiza mientras la novia agoniza), impidiendo la unión de los esposos; este hecho no es otra cosa que la no realización de uno de los ideales de los campesinos, dado que en este caso triunfa la tiranía de los hombres sobre la justicia, la lealtad y el amor de dos jóvenes. “Entonces el cura, levantando la mano y dejando caer la bendición nupcial sobre el lecho de muerte, unió a Manuela y Dámaso”, y a las palabras de la bendición añadió: “Parte, alma cristiana, de este mundo”, viendo que la desposada esposa exhalaba ya su último respiro” (450).

De esta forma, la ficción expuesta en la novela de Díaz y por medio de la cual los letrados infiltraban el ideal de la nación, es usada de manera contraria, pues antes que retratar un futuro promisorio e ideal, el escritor ratifica la nefasta situación social y política que se vive en el país. Manuela, representa a la heroína derrotada del pueblo mientras que Don Tadeo, es un reflejo del enemigo de la estabilidad política de la República (y en este caso de la parroquia) quien irónicamente triunfa al impedir la unión de los amantes, además de cometer crímenes bajo la protección de la ley que se quedarán en la impunidad.

De acuerdo a lo planteado por Sommer, si los romances no mostraban un futuro promisorio, por lo menos identificaban un problema que les impedía llevar a cabo la unión de los amantes y el estado (eros-polis), y es así, cómo el romance narrado por Díaz no proyecta un futuro promisorio o ideal, sino que se centra en la descripción de la problemática social que afronta el país y que entorpece el ideal nacional. Cabe recordar que dentro del contexto histórico, político y social de la época, en Colombia se dan varias divisiones entre los partidos, las cuales Díaz recrea magistralmente en la novela; por un lado con la representación política de varios de los personajes; y por otro, con el nacimiento de dos nuevos grupos los “manuelistas” y los “tadeístas”, como producto de la disputa que se da entre estos dos personajes, pero sobre todo porque cada uno de ellos logra captar un grupo de adeptos, a fin de defender sus posiciones religiosas, políticas y sociales:

- ¡ Manuela metida en las elecciones! Era lo único que nos faltaba- exclamó el doctor Jiménez.
- Y con esperanzas de triunfo- dijo don Cosme- si el partido tadeísta se le une, como lo anuncia la carta de ese señor. ¡Qué contrastes los de la política de esta parroquia, Dios eterno!
- Y de todas-dijo don Blas-; porque así anda toda la república.
Pero el retrato de esta parroquia, sacado al daguerrotipo, es el archivo de don Tadeo. Ahí están todas las facciones políticas y religiosas, ahí está la civilización, ahí está la marcha progresiva de la república-

Como se puede ver, el propósito de evidenciar los conflictos políticos de la parroquia es calcar de manera micro, la complejidad de las luchas de poder del momento, ya que la narración en, *Manuela*, tiene una causa social y política manifestada explícitamente en la novela. Es importante resaltar, que el romance frustrado entre Manuela y Dámaso, no se debe a una diferencia de clase social, como sucede en muchos romances fundacionales, por el contrario, su causa se determina como un abuso social de una clase “letrada”, donde bajo esta estructura, los terratenientes quienes a pesar de no pertenecer a la clase letrada se comportan como tales, dado que por su posición de mando les ha sido otorgado cierto poder al usar la letra, del cual se valen para someter a los campesinos a vejámenes

indiscriminados, forzándolos a realizar trabajos arduos, expropiándolos de sus tierras, sometiendo carnalmente a las mujeres, y ejerciendo una persecución ideológica y social hacia los miembros de esta comunidad.

En términos generales, esta novela es desalentadora, pues descarta la posibilidad de participación de las clases menos favorecidas en la construcción de una República justa e incluyente.

En Clemencia

Retomando la novela de Altamirano, *Clemencia*, su inscripción en la categoría de romance fundacional y su nexo con el propósito de crear una nación a través de la ficción, es de vital importancia resaltar el objetivo primordial, ya mencionado, que tuvo Altamirano al escribirla; aleccionar a los mexicanos sobre los errores que se pueden cometer al no independizarse totalmente de los modelos extranjeros, los cuales permeaban la vida mexicana, y a su vez los ataban a un pasado colonial, retrogrado, con estructuras estáticas y poco convenientes para los nuevos proyectos de los letrados de la época, especialmente de aquellos pertenecientes a la corriente liberal positivista.

¿Cómo se alegoriza la nación en *Clemencia*?: Altamirano plantea un romance entre los cuatro personajes de la siguiente manera: por un lado Isabel y Enrique, y por otro Clemencia y Fernando. Es importante mencionar que las dos mujeres del relato sienten una atracción muy marcada hacía Enrique debido a su belleza física y dotes de galán, a su vez que rechazan, critican y compadecen el carácter frío y débil de Fernando del Valle. Altamirano usa este hecho como excusa para reclamar a la mujer, especialmente, su materialismo, y ligereza al juzgar. Tanto Clemencia como Isabel, creían que la belleza

física era una señal de la transparencia del alma de un hombre, de ahí que las formas armoniosas la cautivaban: “Pero juzgaban como juzgan casi todas las mujeres, por elevadas que sean, [...] Aman lo bello y lo buscan antes en la materia que en el alma [...] Particularmente las jóvenes no pueden prescindir de esta singularidad, solo las viejas escogen primero lo útil y lo anteponen a lo bello” (36). Así, el autor además de juzgar el carácter de la mujer como un ser que se deslumbra con la belleza, le otorga a la mujer mayor la experiencia y la sabiduría; es decir, condena el carácter impulsivo de la juventud pues a menudo éste se ve mediado por la falta de conocimiento al juzgar.

A diferencia de las mujeres del relato, quienes en principio comparten la fascinación por la belleza, los personajes masculinos son estrictamente diferenciados tanto en su carácter como en su personalidad desde el inicio de la narración. Por un lado, Fernando deja ver su visión romántica¹¹ del amor en la lealtad que le profesaría a la mujer amada y en la imposibilidad de profanar la idea del amor puro, su visión idílica contrasta abruptamente con la caracterización de Enrique, quien deja ver su excesiva ambición y poco compromiso con la patria, y con la mujer en general. Este personaje desdeña el romanticismo y dado que ha tenido la experiencia de vivir la cultura Europea reafirma su condición de hombre dedicado a los placeres, a la vanidad, a los beneficios que otorga el poder y a la ambición desmedida.

.si alguno puede dar gracias a la fortuna por sus coqueterías y sus lisonjas, soy yo, que sin fatuidad he apurado desde muy temprano los goces, y, he hecho de mi vida una especie de orgía en buen tono [...] Aun me quedan como es de suponer, mil goces por saborear; pero esto, lejos de ser una contrariedad, es un incentivo para seguir mi camino; es una esperanza que me sonrío llamándome; es una garantía de que no tender un porvenir fastidioso. ¿Qué habría quedado para mis cuarenta

¹¹ Retomando las afirmaciones hechas por Fernando Unzueta (1996), el siglo XIX se ve gobernado por el romance como género novelesco, el cual está ligado a las ideas liberales, y mantiene una estrecha relación con la formación discursiva que creará la nación imaginada. Altamirano, se inscribe dentro del grupo de autores que incursiona en este género, lo cual se evidencia en *Clemencia*. Es necesario enfatizar en el romance como un macro género que no siempre se inscribe en el romanticismo.

años, si hubiese agotado todas las delicias en la juventud? Volví al país, y por algún tiempo no tuve otra ocupación que galantear; el galanteo es un entretenimiento interino, y bueno cuando es provechoso. Yo no soy platónico; y con perdón de usted, creo que el platonismo es manjar de tontos (43).

Así, los diálogos entre los dos comandantes, revelan los verdaderos valores de Enrique, un hombre libertino que considera el amor como una forma de conseguir sus objetivos y ambiciones, pues no adquiere ningún tipo de compromiso sentimental y mucho menos, como se verá más adelante, con la patria. En contraste, Fernando quien es juzgado por todos los personajes de la historia y que representan varias facetas de La Ciudad Letrada, causa una impresión desagradable que oculta la pureza, la valentía y el sacrificio de un héroe: “tiene más aspecto de traidor que de héroe; él medita algo, no hay duda- se me contestó” (19). De esta manera, esta primera impresión sobre la belleza de las formas no es exclusiva de las mujeres, pues los compañeros de tropa e incluso el Doctor L, presienten que el carácter frío de Fernando oculta la verdadera faceta de un traidor de la patria.

Con esta caracterización de Fernando y Enrique, se puede deducir la correspondencia del héroe y el anti-héroe en este romance decimonónico, pues el primero se presenta como un personaje compacto, quien no deja espacio para la ambigüedad, mientras en Enrique se vislumbra un tinte de deslealtad que se corrobora en el desenlace de la historia, al conocerse su traición a la patria.

_ ¿A Guadalajara?- preguntó Clemencia

- Sí, Clemencia, a Guadalajara, yo no estaré seguro sino allí.

-Pero allí están los franceses.

-Precisamente, por eso. Este no es momento de ocultar la verdad ya. Sepan ustedes, que en efecto, los pliegos que cogió Valle eran míos. Yo estaba en comunicaciones con aquella plaza, y ahí se me brinda con una banda de general. Debí pasarme con todo mi cuerpo y con algunos otros, pero desgraciadamente me retardé y fui descubierto (140).

El descubrimiento hecho por Clemencia le causa un gran arrepentimiento que materializa y expía dedicándose a la vida religiosa, ya que la tragedia vivida por Fernando (la muerte del héroe por su patria) se hubiese evitado de haber conocido la valentía y sinceridad de éste, antes que haberlo juzgado por su desagradable apariencia física y su carácter reservado.

El relato hecho por Altamirano, muestra como la unión eros-polis no es posible si el pueblo mexicano no privilegia su propia comunidad sobre la extranjera. Así, a través de Clemencia, el personaje, demuestra cómo la primera impresión que es causada por la belleza de las formas, puede engañar y llevar a equivocarse frente a la elección del verdadero héroe nacional. Ignacio Altamirano evoca el sentimiento, el valor, la lealtad, el nacionalismo y el patriotismo como los valores necesarios en el pueblo mexicano para consolidar el proyecto de la nación. De esta forma, la historia y el romance son la amalgama que muestra a los mexicanos el problema que obstaculiza la creación de la nación imaginada. En *Clemencia*¹², no se logra consolidar una nación, como tampoco se logra o considera incluir las voces indígenas en el proyecto de nación. Es claro que en este romance la historia y la ficción, se funden para crear la nación, ya que Altamirano narra detalladamente la toma de los franceses al país Mexicano convirtiéndose el texto en un testimonio real del contexto social y político en el que se desenvolvía México alrededor de 1863.

¹² Sommer (2004), afirma que Altamirano sí logra proyectar un ideal de nación, corregido y fortalecido que incluye la raza indígena dentro de su conocido proyecto liberal. Esto se lleva a cabo en su obra *El Zarco* (1888) en donde sus personajes principales, Nicolás (un indígena valiente) y Pilar (una mestiza) muestran la unión de sus razas como parte de una nación incluyente, en donde los indígenas hacen parte del imaginario nacional.

De esta manera, se deduce que las novelas de Díaz y Altamirano plantean un problema de identidad que debe ser resuelto para edificar la nación, pero sobre todo para buscar un ideal de República que se defina en términos de progreso, participación y consolidación dentro de su propio contexto, teniendo en cuenta sus limitantes, su pasado, su sociedad y su diversidad. Los romances mostrados en las dos novelas permiten una lectura histórica y literaria que nos da luces del ideal de comunidad imaginada creado por los letrados del momento y el discurso liberal circundante.

De igual manera, Altamirano y Díaz en sus respectivos contextos reivindican el rol femenino dentro de una sociedad tradicionalmente machista, en la cual el poder estaba concentrado casi que en su totalidad. Así, Manuela y Clemencia tienen un rol protagónico en donde ambas son íconos de valentía, lealtad y patriotismo, ya que es evidente la gran importancia de estas mujeres en el relato, pues son las elegidas por los autores para abanderar la causa perdida de la nación a la que pertenecen. Sus acciones y su proceder logran opacar la caracterización de los prototipos masculinos de la narración; sin embargo, más allá de lo ya mencionado, su valor radica en la acción pública, ya que salen de los sitios socialmente permitidos (y privados) para ellas, formando parte activa en la vida pública de sus respectivas comunidades.

Finalmente en *Manuela y Clemencia*, se percibe la advertencia reiterativa de la preservación de los valores, en pro de la conservación del ideal de nación del siglo XIX, el cual, a pesar de la distancia cronológica, aún sigue vigente en la sociedad latinoamericana del siglo XXI, aunque con distintos matices de carácter histórico y social, propio del contexto actual.

CONCLUSIONES

Con la aproximación literaria hecha a *Manuela*, y *Clemencia*, se logró darle vigencia a dichas novelas, posibilitando una lectura interpretativa a la luz de La Ciudad Letrada, Las Comunidades Imaginadas y El Romance Fundacional, permitiendo identificar algunos factores que influyeron en los “fracasos” fundacionales de dos naciones latinoamericanas: Colombia y México.

Se logró establecer un marco contextual, fundamentado en las experiencias de los legisladores de mediados del siglo XIX, quienes logran sugerir una nueva etapa en medio de la historia, generando una ruptura marcada dentro de las distintas clases sociales, siendo esto evidente en *Manuela* y *Clemencia*.

Otro aspecto evidenciado en la relectura de estas obras es su celebración como novelas nacionales; por un lado Díaz desde su posición de letrado de “ruana” observa la estructura social del país para así plantear en la novela, una idea de nación que incluya los campesinos de las zonas rurales del país en un proyecto de participación que devenga en la igualdad de los ciudadanos. Por otro lado, Altamirano, desde su posición de hombre de letras observa dentro de su mismo círculo y advierte las desavenencias que están llevando a la fractura del país. Además de lo anterior, *Manuela* y *Clemencia*, dan fiel testimonio de hechos históricos relevantes en cada nación y los cuales son usados como el trasfondo del relato.

En ambas novelas, se muestra cómo el uso de la letra no es garantía de beneficio colectivo, pero sí es garantía de exclusión social, ya que Don Tadeo y Enrique (en *Manuela* y *Clemencia* respectivamente) representan al anti-héroe que desde la letra y haciendo uso

de la facultad y conocimiento que ésta les da. A su vez, estos personajes triunfan ante la adversidad y burlan la justicia, la legislación y sus propios principios. Considero que el hecho de lograr sus cometidos y mantener sus crímenes en la impunidad, es una de las advertencias más explícitas dentro de las novelas, dado que los autores buscan aleccionar a la sociedad a través de estos personajes.

Tanto en Díaz como en Altamirano, se hace evidente un mensaje moralista y político que se entrecruza con los demás discursos expuestos en las novelas por varios de sus personajes. Díaz, escritor conservador, orquesta un dialogo de voces que muestra la realidad de los partidos políticos colombianos, avalando algunas ideas de algunos de los personajes, en especial del cura de la parroquia, quien representa el sentir político del autor. En el caso Mexicano, el liberalismo del autor se hace explícito a lo largo del relato, pues las ideas progresistas de éste tienen eco en la mayoría de los personajes que participan en la narración. Sus afiliaciones políticas y militares son evidentes dentro del relato detallado de la invasión francesa a México.

En *Manuela y Clemencia*, se advierte la pérdida de una serie de valores necesarios para la construcción de una comunidad basada en el compañerismo y la fraternidad, a pesar de la diversidad y heterogeneidad que ésta pueda tener. Siendo determinante en el caso colombiano, la necesidad de restaurar la justicia e igualdad de los ciudadanos frente al poder de los tiranos; mientras en el mexicano se apela al nacionalismo, al abandono de lo superficial, y a la humildad para reconocer los errores cometidos.

A su vez, se evidencia que *Manuela y Clemencia*, reflejan características de romances fundacionales, pues la relación eros-polis se muestra a través de la unión de la

ficción y la historia como una alegoría para crear el imaginario ideal de comunidad. Aunque ambos romances terminan de manera trágica, sin conseguir unir en la ficción a la nación, sí evidencian los inconvenientes u obstáculos que impiden la unión de los amantes.

Otra característica notoria en el romance mexicano y colombiano, radica en la recreación de las costumbres de la época. Díaz, especialmente, y Altamirano han sido inscritos dentro del costumbrismo como género literario, debido a los retratos detallados de la realidad de cada país, lo cual desemboca en una forma de expresión nacionalista que conlleva a la reafirmación del carácter de comunidad patriota. A través de la letra, estos escritores buscaban instruir, aleccionar o advertir sobre la necesidad de apropiarse de lo nacional. Especialmente, en el caso de Altamirano, su novela se usó como mecanismo de control de las masas, ya que éste consideraba que la novela tenía un objetivo pedagógico.

Con la lectura de *Manuela y Clemencia*, dos obras canónicas del siglo XIX, se buscó revisar un mismo hecho en dos contextos particulares, desde donde se generaron diferentes imaginarios de nación para así, intentar develar procesos análogos dentro Colombia y México, después de la independencia de España. Lo anterior con el ánimo de continuar con algunas de las líneas de investigación propuestas por varios críticos literarios, quienes buscan dar cuenta de procesos temporales, discursos transgresores y formas de resistencia dentro del canon literario del XIX.

Por otra parte, considero, en efecto, que los obstáculos para la construcción de la nación planteados en *Manuela y Clemencia*, contienen una extraordinaria actualidad, ya que evidencian los problemas de la humanidad, los cuales han sido similares través de los siglos, sólo que con diferentes matices y circunstancias históricas. Sorprendentemente, a

pesar de haber pasado un siglo, el esquema social y político propuesto o deseado por Eugenio Díaz e Ignacio Altamirano, sigue siendo una utopía, ya que la realidad de la mayoría de los países latinoamericanos se enmarca dentro de conflictos, sociales y políticos similares en pleno siglo XXI.

Finalmente, con las lecturas hechas a *Manuela* y *Clemencia*, se debe advertir la ganancia de las obras, en términos de difusión y vigencia en el contexto colombiano, especialmente al hacer una aproximación de una obra mexicana poco difundida en nuestro contexto. Además, esta aproximación sobre dos de las novelas nacionales de Colombia y México, deja abierta la posibilidad de nuevos trabajos de investigación literaria dada la complejidad del tema.

BIBLIOGRAFÍA

Altamirano, Ignacio Manuel. *Clemencia*. México: Leyenda, S.A, 2001.

----- *Crónicas de la semana de El renacimiento*. México: Ediciones de Bellas Artes, 1969.

Anderson, Benedict. *Comunidades Imaginadas. Reflexiones sobre el origen y difusión del nacionalismo*. México: FCE, 1991.

Adorno, Rolena. “La ciudad letrada y los discursos coloniales”, en *Hispanamérica*, vol. XVI, núm. 48, 1987, pp. 3-24.

Arguedas, Ledda. “Ignacio Manuel Altamirano”. *Historia de la Literatura Hispanoamericana. Del Neoclasicismo al Modernismo*. Tomo II. Luis Iñigo Madrigal (coord.) Madrid: Cátedra, 1993. 193-201.

Bhabha, Homi. *El lugar de la cultura*. Argentina: Manantial SRL, 1994.

----- *Nación y Narración*. Argentina. Siglo XXI, 2010.

Camargo, Lucía. *Metamorfosis de la ciudad letrada: la sinfonía de voces de Manuela y la centralidad del letrado en El Doctor Temis*. (Trabajo de grado), Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana, 2008

Castellanos Martínez, Amanda Cristina. *La enseñanza del surgimiento de los partidos políticos en Colombia a partir de la literatura* (Trabajo de grado), Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana, 1993

Castro- Gómez, Santiago. “Los vecindarios de *La ciudad letrada*. Variaciones filosóficas sobre un tema de Ángel Rama”, en Moraña, M. (edit.), *Ángel Rama y los estudios latinoamericanos*, Pittsburg, Instituto Internacional de Literatura, 1997, pp. 123-133.

Cerpa De La Puente, Camilo Andrés. *Manuela una mitología de la colombianidad*. (Trabajo de grado), Bogotá, Pontificia Universidad Javeriana, 2010.

Cortázar, Alejandro. *Reforma, novela y nación: México en el siglo XIX*. Puebla: Benémerita Universidad Autónoma de Puebla, 2006.

Cortés, Fernando. “Consideraciones sobre marginalidad, marginación, pobreza y desigualdad en la distribución del ingreso” en *Papeles de Población*. Enero-Marzo, No 031. Universidad Autónoma del Estado de México, México, 2002. pp.9-24.

Conway, Christopher. “Lecturas: Ventanas de seducción en El Zarco” en *Revista de crítica literaria latinoamericana*. Año xxvi, No 52. Lima-Hanover, 2000, pp. 91-106.

De la Campa, Roman. “El desafío inesperado de *La ciudad letrada*”, en Moraña, M. (edit.), *Ángel Rama y los estudios latinoamericanos*, Pittsburg, Instituto Internacional de Literatura, 1997, pp. 30-53

Díaz, Castro Eugenio. *Manuela*. Colombia: Panamericana, 1993.

Escobar, Sergio. “Manuela, de Eugenio Díaz Castro, o la novela sobre el impasse de fundación nacional” en: *Estudios de Literatura Colombiana*, N°19. Medellín: UDEA, 2006, pp. 111-134.

Figuroa, Cristo Rafael. “Clemencia y Cumandá: Relectura de dos naciones textualizadas en el siglo XIX” en: *Cajón de textos Ensayos sobre literatura hispanoamericana*.

Gerald, E. Wade. An introduction to the Colombian novel en *Hispania*, Vol 30, No 4, 1947, pp, 467-487.

González Stephan, Beatriz. *La Historiografía literaria del liberalismo hispanoamericano del siglo XIX*. La Habana: Casa de las américas, 1987.

Leonard, Irving. “Paisajes y leyendas, tradiciones y costumbres de México” en *Hispania*, Vol 34, No 1, 1951, pp.125-126.

Moraña, Mabel. *Esplendores y miserias del siglo XIX cultura y sociedad en América Latina*. Caracas: Monte Avila, 1995.

----- *Ángel Rama y los estudios latinoamericanos*. Pittsburg; Instituto Internacional de Literatura, 1997.

Muñoz, Boris y Spitta, Silvia. *Más allá de la ciudad letrada: crónicas y espacios urbanos*. Pittsburg; Instituto de Literatura Iberoamericana, 2003.

Ortiz Guerrero, Nubia. "Manuela: problemas político–sociales en el movimiento de transición literaria en Colombia”, en *Espéculo. Revista de estudios literarios* (en línea), núm. 15, disponible en: <http://www.ucm.es/info/especulo/numero15/manuela.html>, recuperado: 5 de junio de 2011.

Palacios, Marco y Safford, Frank. *Colombia país fragmentado. Sociedad dividida*. Bogotá: Norma, 2002.

Peña, Beatriz. *Manuela novela de una nación en formación*. (Trabajo de grado), Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana, 2001.

Poblete, Juan. "Rama/Foucault/González Echevarría: el problema de la construcción del espacio discursivo del siglo diecinueve latinoamericano", en Moraña, M. (edit.), *Ángel Rama y los estudios latinoamericanos*, Pittsburg, Instituto Internacional de Literatura, 1997 pp. 249-269

Rama, Ángel. *La ciudad letrada*, Santiago de Chile: Trajamar, 2004.

Ramos, Julio. *Desencuentros de la modernidad en América Latina Literatura y política en el siglo XIX*. México: Fondo de Cultura Económica, 1989.

Salvador Ruiz, José. "El laberinto de la aculturación: Ciudadanía y nación mestiza en El Zarco de Ignacio Manuel Altamirano", en *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana* (en línea), año 31, núm. 61, disponible <http://www.jstor.org/stable/25070257>, recuperado: 27 de junio 2011.

Sommer, Doris. *Ficciones Fundacionales. Las Novelas Nacionales de América Latina*. Bogotá: Fondo de Cultura Económica, 2004.

Unzueta, Fernando. *La imaginación histórica y el romance nacional en Hispanoamérica*. Estados Unidos: Cushing-Maglloy, 1996.

Vélez Upegui, Mauricio. "Pragmática del discurso narrativo en el capítulo XXVI de Manuela", en: *Estudios de Literatura Colombiana*, N°6. Medellín: UDEA, 2000. pp. 9-17.

Vergara y Vergara, José María. *Obras escogidas de Don José María Vergara y Vergara*. Bogotá: Minerva, 1931.

Wright-Rios, Edward. "Indian Saints and Nation-States: Ignacio Manuel Altamirano's Landscapes and Legends" en *Estudios Mexicanos*, Vol. 20, No. 1, 2004. pp. 47-68.

